



JICALETAS

MIRIAM TAPIA



JICALETAS

MIRIAM TAPIA

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
SOLTAR LAS AMARRAS - 2025

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
FOMENTO A LA LECTURA

JICALETAS
© Miriam Tapia

Primera edición: Septiembre 2025

Fotografía de cubierta: *Foto de Efe Yağız Soysal en Unsplash.*

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

CONTENIDO

JICALETAS	15
YA NO ES COMO ANTES	19
JICALETAS	25
SALCHICHAS Y ALKA-SELTZER	31
TRANSPORTISTA	39
PISCINAS	47
ATOLE DE CIRUELA	53
Y EN AGUA TE CONVERTIRÁS	59
MÁSCARAS DE LÁTEX	65
TÍA	71
PARÁLISIS FACIAL	85



*“Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar.”*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Aún recuerdo con emoción la primera vez que leí El Principito. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura —el arte de la palabra escrita— nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

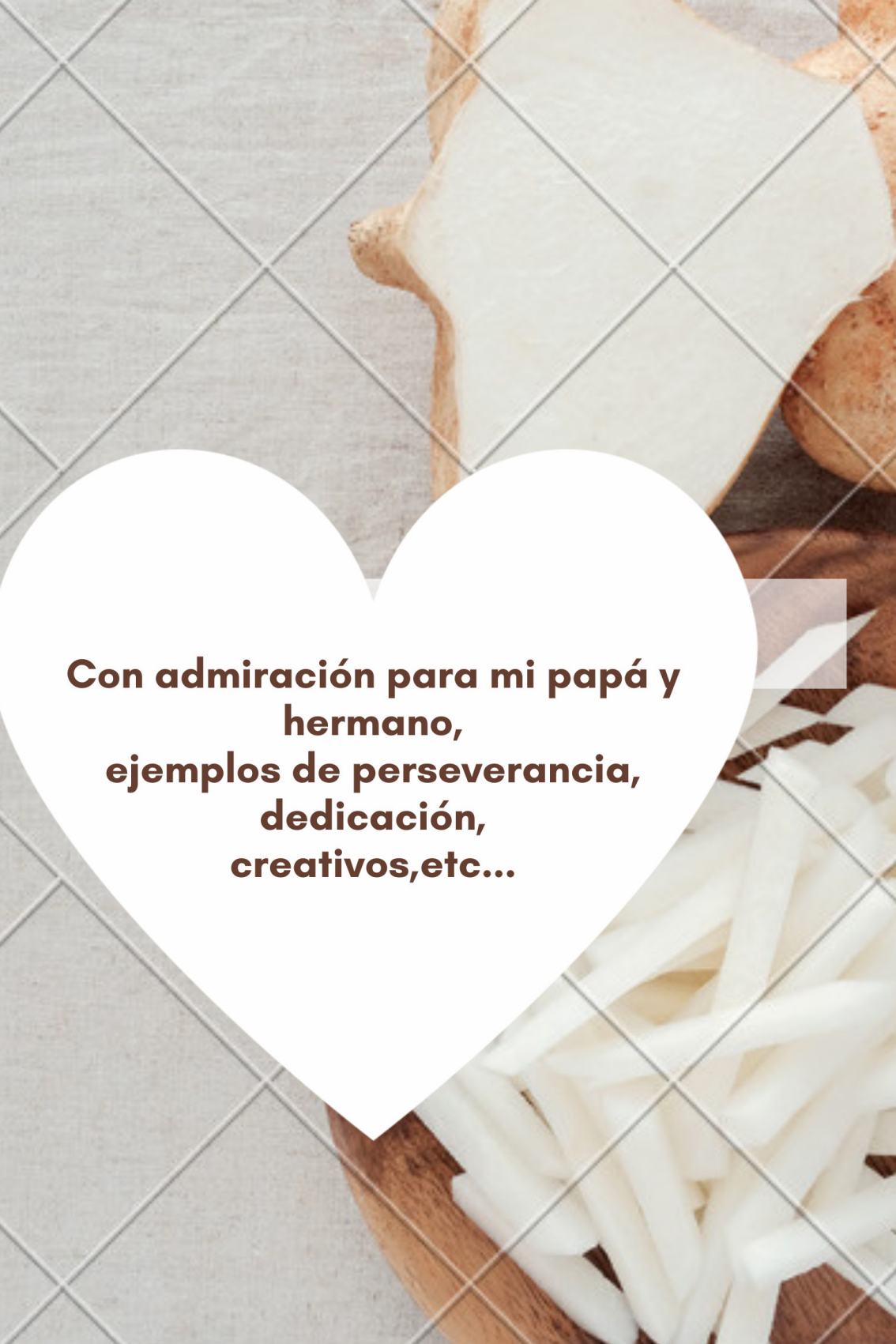
Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

PRESENTACIÓN FERNANDA

JICALETAS



**Con admiración para mi papá y
hermano,
ejemplos de perseverancia,
dedicación,
creativos,etc...**

YA NO ES COMO ANTES

Pero no es que fuera tan difícil notarlo. Éramos sus hijos. No convivía con más nadie. Tantos años con ella para no dar primero nosotros con lo que le pasaba. ¿Qué clases de hijos éramos para que lo notara primero un especialista? ¿Dónde estuvimos todos esos años? La familiaridad, el tiempo compartido, te pueden dar de todo, menos verdades.

Lo que pasó con el abuelo eso sí lo sabíamos. Quizá todos hemos soñado alguna vez con la noche en que se lo llevaron. No tantas veces como lo soñaba ella. Siempre hablaba de él con un anhelo desgarrador.

La pandemia vino a revolver nuestras vidas a escala humanidad. No hay manera de que tus nervios se hayan mantenido intactos tras esa calamidad histórica. Aquellos desgraciados que se llevaron al abuelo años atrás eran seres humanos, a pesar de su malevolencia, pero esa presencia del virus tan impredecible, amorfa y mortal era una amenaza

más en nuestra historia familiar. ¿Es que alguna vez tendríamos descanso?

Por eso tardamos más en darnos cuenta. Por los malditos años pandémicos que no nos dieron descanso. Sus nervios, ya crispados, se volvieron a atrofiar, pero, como todos estábamos igual, no le dimos importancia. Parecíamos estar bajo un enorme laboratorio de algún Dios macabro, quien elegía quién sí y quién no, inundados de una luz blanca hospital e irrespirable.

No sabemos cómo sobrevivimos a tantos días así, donde la tragedia podía tocarle a cualquiera. Tal vez la resistencia de mi madre a perder a alguien más hizo todo por arte de magia; fue nuestro conjuro, nuestra protección.

Uno de los días más duros no fue que alguno de nosotros, seres cercanos, hubiera muerto, sino la abuela, ya adentrada en enfermedades de la edad. Ella vivía muy lejos de nosotros. Mi mamá se autodesterró tras aquella noche oscura.

— Van a llegar a rematarnos — advirtió a sus hermanas —. Yo me largo de aquí como sea. Prefiero vivir con carencias a vivir con este miedo.

No se le volvió a ver por aquel pueblo.

Ni ganas le quedaron. Nunca hablaba de él con añoranza ni ganas de volver, sólo con un odio arcano, corrosivo, que envolvía las palabras y las pudría.

Cuando le avisaron por teléfono se le bajó la presión (siempre sufrió de eso) y la tuvimos que internar. Mi madre quiso ir al entierro, pero como no llegaban todavía las vacunas, lo más sensato era que no fuera, y la presión no se le regulaba.

Eso fue de lo más triste que vivimos.

La muerte vivida de dos formas: una violenta y otra por la distancia.

No pudo llegar al velorio. Sus dos padres murieron sin verla cerca.

Desde entonces me pregunto si eso también se añade a sus pesadillas... Hay tantas cosas que quisiera saber sobre mi madre, pero en vida jamás me atrevería a hurgar en ellas, ni siquiera acercarme a la superficie.

Cuando la pandemia por fin terminó, supimos que a mi madre le molestaba en demasía ser referida como una *persona vulnerable* por su hipertensión. Entraba en una especie de cólera; no aceptaba críticas a su fortaleza. Empezaba a enumerar todas las actividades que hacía en el día, y todo lo que hacía en aquel pueblo donde no tenía las facilidades de ahora.

—Si hicieran lo que hago yo, no soportarían ni un solo día. Esta casa se cae a pedazos si uno de ustedes se hace cargo de ella.

Luego vino el problema de tiroides. Nunca faltaba a sus citas con el médico. Tras la muerte de la abuela vi eso nuevo en ella: unas ganas por salvarse nunca antes vistas. Uno de los médicos le dijo sobre su problema de nervios:

—Señora, usted padece de los nervios.

—Doctor, eso lo padece todo el mundo.

Hasta a los doctores le daba batalla. Mi hermano dijo que eso era puro estrés postraumático, a raíz de esa noche en que sustrajeron a su padre y lo mataron.

—¿Cómo puede una persona vivir tanto tiempo con ello?

—A veces quisiera pasarla por un escáner, para que así nos cuente todo y no nos deje ninguna mentira oculta por hacerse la fuerte.

—Entonces dejaría de ser una persona. Ocultar cosas es lo que nos hace quienes somos.

Vi una película hace unos pocos días. Se trataba de una familia brasileña feliz y tranquila. *Demasiada felicidad para una familia latinoamericana*, pensé. Estaba en lo cierto, porque pronto la dictadura se llevaba a *declarar* al padre... y después a la mamá y a la hija. A ambas se las llevaron a un cuartel fú-

nebre con las cabezas cubiertas. Las interrogaron sobre si reconocían a alguien en un libro con varias fotografías de los supuestos conspiradores. La madre no dejaba de preguntar por su esposo, y también temía por la hija, a quien sí dejaron ir pronto. A ella no: la tuvieron retenida como por cinco días, demacrada y sin comer en un cuartito claustrofóbico. El resto de la película pasó entre la casa asediada, declaraciones a periodistas, la mujer rogando a una profesora que también fue presa a que declarara sobre esa noche en que vio a su marido... La película se volvió toda una búsqueda por la verdad. Cuánta admiración sentí por esa mujer, por verse tan entera e inquebrantable pese a todo lo que le pasó. Y cuando va un reportero a entrevistarla y posa con su familia sonriente y, años después, de igual manera con el certificado de defunción del esposo, cuyo cuerpo jamás encontraron porque lanzaron sus restos al mar.

Voy a estudiar Cine gracias a esta película, determiné. O Derecho. O quizá ambas. Verla me dio un poder para toda la vida, un poder que debía honrar.

La película vivió por muchos días en mi mente. Tanta rabia, tanta admiración, tanto miedo. La próxima vez que vi a la familia reunida en la mesa, así como estábamos, se me hizo un nudo en la garganta. Tantas cosas por las que nos quejábamos, pero, al menos, vivíamos en un tiempo sin una dictadura atroz capaz de desaparecernos. No pude dejar de pensar en el abuelo, cuyo rostro no podía recordar, desaparecido (también por declarar los movimientos de alguien más) por una dictadura de antaño igual de letal: la del narco. Aunque los zarpazos de esos monstruos seguían haciendo daño, ya estábamos lejos de todo aquello. Supimos cómo construir nuestras vidas en el destierro y estábamos bien. Antiguas cicatrices familiares resplandecían, el fuego con el te quemabas para apartarte para siempre de ahí; cicatrices diciéndote con exactitud en dónde se partía tu vida y

dónde quedaba el antes y el después: en una distancia que no acababa ni achicaba y todo el olvido disperso como una espora. Como si al tratar de olvidar *cierto episodio* olvidaras algo próximo y se extinguiera por cercanía, no porque lo desearas. Así fue mi mamá con la abuela: la distancia no la hizo pensar en que un día sería demasiado tarde para todo.

— ¿No la has visto más nerviosa estos días? — me preguntó mi hermano.

— Ahora tiene más trabajo por lo de tu ascenso — eso era cierto. No se daba abasto con la comida, tenerle la ropa lista y los demás deberes de la casa. Con mi trabajo no podía ayudarla mucho —. Trata de no cargarle tanto la mano, porque eso también la estresa.

— ¿Y qué quieres que haga? — la típica excusa de todos los hombres —. ¿Quieres que se ponga a trabajar en una casa con extraños con quién sabe qué malos tratos que nunca nos va a decir porque así es ella con sus cosas guardadas? Está mejor aquí en la casa ayudándome.

— Eso sí — era imposible negarlo.

— Trata de hablar con ella.

Así lo hice.

— Ma, sabes que si vas con el psicólogo no es porque creamos que estés loca, sino porque puede ayudarte a vivir mejor. A tener menos miedo. Siempre que escuchas a gente hablar por la calle te sobresaltas. Quizá hasta te ayude a volver a visitar a tus hermanas.

— Si no las visito no es por eso — respondió —. Y quizá me recete algo y me ponga peor. Ustedes tranquilos, que una mujer como yo sabe cómo se vive después de eso. El gran problema de hoy en día es que se nombran demasiadas tonterías nada más para hacer gastar a la gente. Generación de débiles.

— No, mamá — contradije —; es para hacernos más llevadera la vida. Para sufrir menos. No es como antes, ni sigues

estando allá donde tenías que soportar tantos dolores porque no había médicos.

—Sí, ya. De todos modos, descuida, que no es como antes.

—¿Como antes? ¿Y cómo era antes? —pregunté, imaginando que descubrió una veta luminosa sobre aquella etapa misteriosa de mi madre.

—Más intenso. Los veía hasta en las sombras. Y tenía más pesadillas que ahora. Eran más *presentes*. Pero ya no es así. Ya no es como antes y nunca lo será. Y es todo lo que tienes que saber.

JICALETAS

Cómo olvidar aquel verano en que todos desaparecimos. Era muy pequeña como para saber que el verano también es como un amigo del que te despidas llegada a cierta edad, o a cierta mudanza. *Me voy de casa, verano, y no nos volveremos a ver, pero fuiste una época increíble.*

Es que sí lo fue. Aquel verano fue de los más chidos de mi infancia. Hasta los adultos eran nuestros amigos. Recuerdo que después de jugar a las escondidas con los compas, los adultos también salían a platicar con nosotros casi hasta la medianoche a contarnos historias de terror, de lo más bizarras y sangrientas. Tenían toda nuestra atención. Los escuchábamos, alhelados con sus narraciones.

La Huesera, el asesino de mujeres de Juárez, un caníbal y el Hombre Polilla nos espantaban cada noche. Y el típico *esta colonia antes fue un cementerio.*

Estaba chida esa emoción tenebrosa de que en cualquier momento esas leyendas se hicieran realidad y aparecieran

frente a nosotros, pero, a la vez, se sentía la tranquilidad de que había adultos entre nosotros, no sé si me explique.

Siempre nos juntábamos en la casa de Sandra o en la casa de Luli, mi vecina de al lado. Al fraccionamiento a veces le fallaba el alumbrado y eso lo hacía más espeluznante. Mi historia favorita era la que contaba Marco, el marido de Sandra, sobre unos cadáveres que viajaban en la caja de un tráiler.

A la orilla de la carretera, estaba el auto descompuesto de alguien, y ese alguien le pidió un *raite* al trailerero. Este lo subió sin ningún problema. Poco se imaginaba lo que había ahí detrás. Pilas y pilas de cadáveres, la caja a reventar. El trailerero se moría por matarlo, pero ¿qué haría con su cuerpo? Ya no cabía ni una uña. Pensaba en el camino, mirando la carretera, siguiendo a duras penas la plática del nuevo acompañante. Hacía una luna llena que encandilaba. Y entonces el del aventón se empezó a contorsionar para convertirse en lobo. Le cortó el cuello al trailerero de un mordisco. Y abrió la caja del vehículo para que todas las camadas se alimentaran.

Las historias siempre se torcían. Esas eran mis favoritas. Siempre nos íbamos con nuestra buena parte de congoja a dormir.

Evelyn y Rai vivían frente a mi casa. Ellos también se juntaban con nosotros, aunque su padre no, porque era raro: no se juntaba con nadie conocido. *Ese tiene malas compañías*, escuchamos una vez. Lo que también tenían era una carroza. Era el vehículo más cuidado de la colonia: una reliquia colonial de color azul rey.

Ni nos dejaban acercarnos a ella.

Parecía que la abrillantaban y la lavaban todos los días: hasta te podías ver en su superficie, grandotote como un marciano.

—La vamos a vender y seremos ricos y nos iremos de aquí.

—¿Y a quién se la van a vender?

—A un museo. Ahí las compran a muy buen precio.

Así decían.

Por otro lado, estaban Kenia (tenía un cuate llamado Ernesto, el Neto) y Alaska, un poco más grandes que yo. Con ellas jugábamos al voleibol, donde siempre ganaban porque eran altas: Alaska más que ella. Un día, Kenia me dijo:

—Te lo voy a decir porque eres mujer como yo. Siento algo por Alaska.

—¿Qué quieres decir? —le dije sorprendida y emocionada por la confesión de un secreto así. No era como una de las historias que contaban de noche, pero se parecía a ese sentimiento. Era hermoso.

—Que estamos enamoradas.

—¿Las dos? ¿Una de otra?

—Sí, una de otra. Pero nuestras mamás no nos quieren juntas. ¿Puedes ser nuestra mensajera?

—Sí, sí quiero.

Acepté ese encargo como si fuera una misión de detectives. Comprendí que ni, aunque me amenazaran a muerte sus papás, podían interceptarme con sus mensajes escritos a toda prisa en libretas de la escuela o servilletas.

Una noche, pasó algo horrible.

Yo estaba en casa porque me sentía mal. Pero todos los vecinos nos dimos cuenta. Unos malhechores vaciaron bidones de gasolina sobre la carroza y le prendieron fuego. La cosa ardió con tal intensidad que podía verse por toda la colonia, lo juraba. Ardía como una ballena, como una casa entera. Las llamas lamían esa antigüedad sagrada cuidada con gran recelo por sus dueños.

No llegó a explotar.

Llegaron los bomberos a tiempo.

Tardamos unos días en salir; nuestros padres no nos dejaban después de eso. ¿Se acabarían las historias de terror?

No, no se acabaron.

Reanudamos el avioncito, las escondidas y el STOP: *Declaro la guerra a mi peor enemigo que es...*, decíamos.

También reanudamos las historias, sólo que en este caso eran suposiciones sobre lo que pasó esa noche siniestra. ¿Quiénes eran los malhechores?

Evelyn y Rai fueron los primeros en desaparecer: su madre se fue con ellos, el padre quedó ahí, como una sombra.

Un día de mucho viento mientras hacía los encargos a la tienda, el papel de Kenia se perdió como por acto de magia. No alcancé a dárselo a Alaska. Uno de sus padres lo agarró, o quizá Ernesto. Tan mala suerte tenían, que con ese viento llegó al lugar incorrecto el maldito papelito. Sus padres se juntaron. Escuchábamos sus gritos. *Pues a ver cómo se lo quita a su hija, pero a la mía no va a venir a molestar.*

Entonces la solución de la mamá de Alaska fue enviarla a vivir a la casa de su otra hija, a kilómetros de aquí, para que no se siguieran viendo. Ahí iría a otra prepa. Nunca más en sus vidas se volverían a ver. Su hija se casaría con un hombre.

Hicimos como si nada de eso hubiera pasado.

Tratamos de volver a ser alegres todos los de la cuadra a pesar de ese incendio fatal y de la mudanza forzada de Alaska.

Sandra abrió su negocio de jicaletas: rodajas de jícama con chamoy, limón y polvo Tico. Eran una exquisitez, más con ese calor que hacía. Los que quedábamos siempre le comprábamos a mediodía y nos sentábamos en las banquetas a ver qué ocurría: siempre ocurría algo. Las jicaletas eran el mejor invento del mundo.

—En vez de andar jugando a las maquinitas, hubiera ahorrado para comprar todas las jicaletas que quisiera —dije y todos se echaron a reír.

—Cuando seamos grandes pondremos de esas maquinitas, nos haremos ricos y tendremos para comprar todas las jicaletas que queramos.

Nos hacíamos ese tipo de promesas como si toda la vida fuéramos a estar juntos.

Una vez, la última que la vi, Kenia me dijo:

—Si no hubieras perdido el papelito, ella y yo todavía estaríamos juntas. Estoy rota desde que eso ocurrió. Ya no quiero verte nunca.

Me eché a llorar.

No salí, ni aunque su hermano me invitara a más jicaletas, ni me pichara la ronda de maquinitas.

Tonta de mí, porque después Sandra cerró el negocio: pronto Marcos nos dijo que su esposa estaba muy enferma.

Pasaron los meses. Vimos a Sandra una vez con la pañoleta en la cabeza, con muchos pesos de menos. Estábamos muy tristes por ella. Meses después, el médico le dijo que se le fue el cáncer; una alegría en vano, porque el cáncer volvió luego y ya no hubo nada más que hacer: Sandra murió.

Así se apagan los veranos: con un accidente, con palabras arrancadas al viento, con falsas alegrías...

Sandra nos hizo de ese verano un paraíso con esas jicaletas, a pesar de todas las penas siempre nos alegraba comer tal cosa; eso es algo que siempre recordaremos, aunque desaparezcamos, y espero que donde sea que esté aún se acuerde de nosotros y de la gran compañía que nos hacía.

SALCHICHAS Y ALKA- SELTZER

No sabes en qué momento te decidiste a ser la asesina familiar.

Quizá fue cuando nació el rencor desmedido hacia tu propio padre —a quien años después matarías— al humillarte enfrente de todo el rancho, al hincarte y asestarte latigazos como latigazos daba a sus animales. Recuerdas que te abrió la piel y en cada abertura el diablo entró en ti y te susurró órdenes. Sí: tu padre fue quien le dio cabida al maligno, en primer lugar. ¿Era la rabia o eran las órdenes?

Cuando a una se le mete el diablo en la piel, ya no hay marcha atrás. Yo lo acepté desde el primer segundo, concluirías en una ocasión.

Llegaste a pensar que ningún hombre te querría por el calibre de tus cicatrices. ¿A quién se le antojaría acariciar algo así? Te creías peor que una persona quemada, porque lleva-

bas encima, inscrita en la piel, la acusación de un padre. No hay nada peor que eso, te convencerías.

Pero si algo queda en tu piel para siempre, qué mejor que aprovechar ese recordatorio. Te vengarías. Nadie tiene una fuerza brutal para siempre.

Era cruel y encima tenía muchos vástagos, tu papá. Así los llamabas: vástagos. No eran tus hermanos, porque nunca metían las manos al fuego para defenderte. Llevaban el pan a la mesa y eran engranajes de la economía familiar, pero no eran hermanos para ti. Fueron el punto de partida para tu vendetta. *Si es cierto eso de que cuando los hijos parten primero que los padres es uno de los peores dolores, entonces se lo haré sentir.*

Y así empezaste a maquinar. No te importaba el dolor de tu mamá, lo cual explicaba el calibre de tu odio. Nada ni nadie te frenaría a actuar.

Pensabas en cómo iniciarías. Para una asesina es importante el orden. ¿A quién matarías primero? Te decidiste gracias al hermano que se dedicaba a la carpintería. Colgó uno de sus relojes en la sala. Este reloj tenía escritos los nombres de todos los hermanos (las hermanas quedaron fuera). Según el pasar de las manecillas del reloj, así serían los decesos. Te la dejó fácil.

En gran medida, aquel descubrimiento también te facilitó mucho las cosas. Si facilitar significaba no ensuciarte las manos de sangre. Lo encontraste cuando ibas a lavar la ropa al río. Tus hermanas siempre se divertían ahí, pero como te daba pena enseñar la mínima cantidad de piel, nunca las acompañabas. Ellas tampoco insistían mucho. Corría un agua limpia, con su iridiscencia verde escarabajo. No entendías por qué había tanta pureza en un sitio así; una pureza que con tan sólo verla parecía desgastarse. Pero continuaba y continuaba, innmerecida.

Bien, el punto es que lo encontraste tras recoger la ropa. Estaba anocheciendo. A esas alturas del día, lo más seguro era que encontraras a un nahual. En cambio, encontraste una botella. Al descorcharla, él emergió. Te lo explicó enseguida en su inmaterialidad:

—Cuando nos mandaron a esta tierra, utilizaron todo tipo de artimañas para que pasáramos desapercibidos. A mí me encerraron en una botella. Dijeron: “Las personas te confundirán con una carta arrojada al mar y nadie te hará daño. Vas a caer en las manos correctas y serás libre”. De modo que me has encontrado tú.

Tú arañaste el viento templado en un intento por volverlo a atrapar. Pensaste que te estabas volviendo loca. ¿Qué era eso y por qué te hablaba? De los genios en las botellas no tenías ni idea.

—Puedo concederte un deseo por haberme liberado —dijo el ánima. De espíritus tampoco tenías idea, a pesar de que ellos escribieron (te darías cuenta después) tus libros favoritos de magia negra.

—Quiero que me ayudes a matar a mis hermanos.

Eso fue lo primero que se te vino a la mente. Y lo demás salió solo. La plática fluyó como hilo de media, y no te importaba que nadie los escuchara. Le diste unas ideas que ni tú te las creías. “A uno lo tienes que volver loco, así acuchillará a su hermano. A otro lo tendrás que enfermar tú solo y, con otro, te transformarás en un hombre apuesto, el más apuesto del mundo (el hombre con el que siempre soñó besarse, pero no pudo porque se lo prohibieron sin prohibírselo [él siempre ha sabido que lo verán como una aberración]) y, cuando te dé entrada a su casa, lo asesinarás y desaparecerás todo su dinero”.

Cómo te divertiste esa vez. Te dio una risa de loca cuando recapitaste y te diste cuenta de que pudiste haber pedido el fin del hambre mundial, pero pediste, en cambio, la

muerte de tus hermanos. Aunque, pensaste, si los alienígenas esos llegaron a invadir, entonces eso no era un buen augurio. Al planeta le quedaban pocos días. Y si no, pues que se encargaran ellos, que no vinieron a la tierra de a gratis: algo tenían que hacer. No era asunto tuyo la caridad.

Los resultados tardaron en aparecer. Te desesperaste tanto que llegaste a pensar que todo fue una alucinación. Soñaste con el ánima. Ingeriste unos hongos por accidente, lo más seguro. Deseabas y deseabas tanto esas muertes que hasta las soñabas despierta y la realidad se desdibujaba. Por lo tanto, te desesperaste: con tal de liberarte de esa vida de esclava te casaste con el primero que pasó por el pueblo y te fuiste con él.

“Lástima que gasté todos mis deseos de muerte en mis hermanos. A ti también te hubiera querido matar”.

Ya lejos te llegó la primera noticia: tu hermano Abel estaba como un cencerro. Lo tenían encerrado en un manicomio de la capital. Meses después (te divorciaste tras encontrar tu primer trabajo), llegó la noticia de la muerte de tu otro hermano, el que se compró una casa en otro estado. Ocurrió tal como lo diseñaron: el marciano se transformó en su amante, le endulzó el oído o la piel o ambas cosas y lo asesinó ahí mismo.

Ahí no acabó la venganza, pese a que el viaje —y el lacerante duelo— afectaron a los padres. Aún faltaba mucho camino por recorrer. Como si el destino se hubiera puesto de acuerdo (también en lo de tener clemencia), los ojos de esa mamá tan querida se cerraron por la tristeza. Murió en su casa y en sueños como los benditos. A tu padre lo mataste tú con una almohada (de cualquier manera, ya estaba en sus últimos días, sólo aceleraste el proceso). Saliste de la habitación triunfante. Exclamaste:

—Ya se lo entregué a Dios.

Tú, la esmerada acompañante de los muertos. Quien llevaba a buen puerto cada partida.

No obstante, tuviste que experimentar graves efectos secundarios. No todo era una dulce victoria. Nunca volviste a ver al alien para reclamárselo.

“¡Hombre tenías que ser! ¿Por qué no me dijiste que podía llegar a enfermar a las personas a mi alrededor?”. Tú fuiste quien, al final y tras una ardua pelea porque la casa del hermano quedó intestada, logró ser la propietaria legal en aquella ciudad tan extraña, donde te costó tanto adaptarte. Para tal fin, tuviste que hacer una que otra amistad. Pero a una de ellas, una de las más allegadas (quien te cuidaba las plantas y los pericos mientras te ibas con tu familia [hijo y nietos] a Los Ángeles) la enfermaste de cáncer. “¿En eso me has convertido? ¿En una pinche fuente radioactiva? ¿En una Chernóbil andante?”. No podías durar tanto en un lugar. No podías echar raíces. Ibas a caballo entre tu pueblo natal, la ciudad donde tu hermano murió como exiliado y Los Ángeles, donde trataste de hacer una vida.

Lamentaste mucho haber enfermado a esa amiga. Era ella quien hacía el mejor pan de naranja del mundo. Y tenía un hijo estudiando la universidad. No lo vería graduarse. Conociste el arrepentimiento — sólo un poco — tras ese suceso. Llegaste a pensar que quizá la venganza llegó demasiado lejos. Que era momento de parar. Cuando matas a un inocente, ¿qué te queda? Llegó el momento de bajar las armas.

Pero no las bajaste. La muerte se hizo tu amiga. Incluso comenzaste una afición por matar a los gatos de la cuadra. “Se cagan en mi jardín”, te justificabas. Temías que ellos arañaran la tierra, escarbaran lo más mínimo y el alienígena saliera flotando y los vecinos se enteraran de tu secreto. Porque esa botella la enterrabas ahí a donde fueras. No querías que el santito extraplanetario dejara de escucharte. De modo que les dabas de comer a los pobres animalitos salchi-

chas con Alka-Seltzer y los pobres se inflaban y colapsaban por dentro y se pudrían con ese sol extraño y encolerizado, como trapos viejos en un tendedero, maldiciéndote a medio maullido.

En esa misma ciudad aún te quedaba un hermano. El hermano con el que mejor te llevabas. A quien siempre quisiste mantener alejado de la guerra. ¿Por qué demonios tuvo que venirse a vivir a esta ciudad? Y para acabarla de chingar fue quien te ayudó con todas las gestiones legales para quedarte con esa casa. Si tan sólo supieran.

Lo de él fue un cáncer muy raro en la sangre.

Le tocó ser parte de una extraña estadística: le tocó ganarse la lotería de uno de los cánceres más raros del mundo. Qué rara es la vida. A quien menos ganas tienes de hacerle daño se lo haces el doble.

La caja de Pandora se destapó con su familia (su esposa y sus cinco hijos). Ellos siempre sospecharon de ti. Es decir, ellos siempre tuvieron razón. Claro, nunca concluyeron que colaborabas con ese extraterrestre, pero sí sospechaban que en ti había un hálito sobrenatural, que movías energías extrañas, que te movías con el maligno. Y se ensañaron contra ti. Mientras ellos tuvieran vida harían lo que sea por dañarte, por devolverte un poco del dolor que le hiciste sufrir a él. En uno de sus episodios de dolor álgido te maldijo.

Dijo: “Ella (tú) me está trabajando”.

Comentó que si pudiera caminar —no podía porque la enfermedad le desapareció media cadera—, dejaría hecha trizas esa casa. Su esposa dijo que te quemaría en leña verde. Que, si por ella fuera, te encadenaba ahí dentro para después rociarte con gasolina y quemarte viva.

Uno de sus hijos quiso hacer realidad una de las últimas voluntades de su padre.

Te resultó raro pensar en que la vida continuaba. Pensaste que la estirpe terminaría con tus hermanos muertos, pero no. La vida seguía defendiéndose, incluso cuando la dignidad se creía perdida.

De modo que, cuando tú estabas en Los Ángeles, él decidió acabar con esa casa. Con todo lo que pudiera y se encontrara. Recordemos que tu amiga más íntima murió, porque la contaminaste de cáncer. Tú, en cambio, estabas fresca como una lechuga.

Tu casa resultó con todas las ventanas rotas, tus jaulas abolladas, tus puertas con muescas horribles, un pino casi partido por la mitad, tu cocineta rayada, tus paredes embarradas de mierda y aquel mueble de vidrio hecho polvo con todo y souvenirs (un juego de vajilla en miniatura y varias cajas de Coca-Cola de todos los sabores, también en miniatura).

Ojalá se lo hubieras advertido.

Que en esta guerra tú ganarías siempre. No todos se consiguen un alien.

Otros pueden encontrar amor familiar, el amor de un buen esposo, la compañía en un domingo, los hijos perfectos y las amistades que no mueren de cáncer, pero tú les ganaste a todos ellos porque tú conseguiste un aliado que odiaba a la humanidad igual o más que tú y la aniquilaba: conseguiste a un extraterrestre. Un jaque mate de hace años. Sólo que ellos no lo sabían.

Querías decírselo antes de que lo hiciera.

— A un padre no se le trae de vuelta destruyendo a medias una casa.

No, eso no era lo que querías decirle.

Era esto.

Lo del conjuro entre casa y atacante.

El peculiar enlace entre tú y esa casa ganada con el pulso de la venganza.

—Ah, sí. Sobrino mío, todo lo que le hagas a mi casa le pasará a tu cuerpo.

TRANSPORTISTA

La verdad que se nos niega duele hasta el último día. Sobre todo, en estos tiempos donde la palabra está tan bastardeada, tan mentida, la verdad de uno no es la verdad del otro, entonces llegar a la verdad es bastante complicado, pero creo que todos tenemos el derecho a esa aspiración. que uno se conforma, aunque sea, con que sepa qué pasó. La verdad es difícil, pero es la utopía máxima.

—CLAUDIA PIÑEIRO.

Si no hay justicia, por lo menos que haya verdad.

—RODOLFO WALSH.

Entonces las sirenas aullaban en medio de esa oscuridad amplia como una ballena, abierta y tortuosa entre los llanos desolados en dirección a esa colonia que quién sabe a qué dios malvado se le habrá ocurrido construir ahí, en medio de la nada, en medio de las penurias; pobres almas

en pena sus habitantes en los márgenes de una ya de por sí jodida ciudad.

Recibieron una llamada de auxilio de una gasolinera. Una Oxxo Gas. El herido sangrando como cerdo en un matadero pidiendo auxilio y la que despachaba blanca como la leche, despavorida, apenas articulando palabra, su mano tiesa sujetando el auricular de un teléfono descarapelado. Sus palabras taladrando la noche entre balbuceos. Y es que minutos antes nadie la sacaba de los baños mientras a unos cuantos metros se libraba la refriega. Una ráfaga contra una camioneta y luego contra este pobre hombre. ¿O habría más? Quién sabe, pero lo que sí estaba claro es que los disparos no parecían acabar. Hasta ella llegó el olor a pólvora, a sangre desparramada, a muerte.

Ahora lo tenía ahí. Estaba efectuando la llamada. ¿Qué más podría hacer? Sus padres no la educaron para que dejara morir a un cristiano, ¿verdad? Ahí lo escuchaba a lo lejos, retorcido en el pavimento, emitiendo exhalaciones a la deriva contra la negra noche que lo arropaba. “De aquí a que vengan”, pensó la trabajadora tras colgar, pensando que frente a ella se presentaría la muerte con su guadaña levantando ese cuerpo maltrecho tras una bruma espesa. ¿Y si regresaban a rematarlo? La posibilidad ahí estaba. Que los sujetos volvieran en sus motos y le dieran el tiro de gracia. Y a ella también por haberlo socorrido.

Por ese motivo volvió a sus labores.

A volver a llenar los tanques, como si nada hubiera pasado.

Haciendo caso omiso a los últimos estertores de ese hombre hasta que llegara la ambulancia, alumbrado por las luces de los faros que pasaban, una clase de luz colorada.

Mientras Ronaldo Sánchez se dedicaba a laborar como traillero, Silvia —su prometida— se dedicaba a poner uñas a las mujeres —y algunos hombres— de su colonia. Las quinceañeras la adoraban. La describían como una mujer muy entregada a sus trabajos, pues con algunas, por ejemplo, se dedicaba con ahínco a arreglar los desperfectos que otras personas poco profesionales hacían y ella, pensando en lo especial que debía ser esa celebración, no escatimaba en esfuerzos ni desvelos.

Era pareja de Ronaldo desde hacía años. El hecho de que fuera tan trabajador fue lo que la enamoró. Gracias a su negocio de uñas y al trabajo de chófer que dejaba su buena lana ya pronto podrían casarse y tener su casa propia.

Se imaginó una casa el doble de grande que la casa de la familia Sánchez, esa casa donde reventaban los fiestonones y cerraban la calle para poner brinca-brincas y mesas y sillas a lo largo y ancho.

Sin embargo, tras la desdichada noticia, ¿qué fiestas habría de ahí en adelante? Era como si hubieran acabado en tan sólo esos segundos con toda la alegría familiar. Ya no celebrarían. Todas las fiestas se acabaron de golpe.

“Ronaldo, mi pobre Ronaldo. ¿Cómo fue que te pasó eso? Tú que trabajabas tanto”.

Le dieron los pormenores de la camioneta balaceada, de que en esa casa donde se encontraba al momento del siniestro asesinaron al Mochomo (el *dealer* de la zona); a su esposa embarazada y a su hija de tres años (aunque pronto se supo que no era hija de ese matrimonio, sino una escuincla que cuidaba la señora, hija de una hermana) y a Ronaldo, quien desangrado y así como pudo fue hasta la gasolinería a pedir auxilio y falleció de camino al hospital. “Y cómo no iba a perecer si vivimos en la punta de la verga”, pensó Silvia, anegada en lágrimas.

Blanca, la hermana de Ronaldo, pensó siempre que al que le toca le toca. Pero cuando le tocó a su hermano el mundo dejó de tener lógica. Ronaldo era un pan de Dios, siempre tan responsable y con la boda en puerta con Silvia, a quienes todos en la familia querían tanto. ¿Por qué a la gente buena y trabajadora siempre le iba de la patada y, en cambio, había tantos malvivientes y ventajosos con la salud intacta y todos vivitos y coleando nada más para hacer daño?

Blanca, como la hermana mayor, se tuvo que hacer cargo de todos los trámites. Y no renegaba de ninguno: era su deber como uno de los pilares de la casa. Sus papás ya estaban viejitos, no podían acarrear con tantas preocupaciones. Después de los trámites, se prometió limpiar la imagen de su hermano, y de por fin atender las llamadas porque sus compañeros de trabajo manifestarían su duelo pitando a lo largo de la Nogales y antes querían hablar con ella para ofrecerle sus debidas condolencias.

Sin embargo, cuando todo eso pasara, ¿cómo encontraría explicaciones para la familia? ¿Qué cara iba a poner cuando le preguntaran en los abarrotos qué pasó con su hermano? Lo que faltaba en este pinche país: que te mataran nada más porque sí y encima tus familiares tengan que enfangarse buscando una verdad que la mayoría de las veces nunca se encuentra.

Por lo tanto, a pesar de todos los riesgos, Blanca se prometió que no se quedaría con la versión de los medios, de esos periodicuchos de cuarta que nada más hablaban por hablar, por dar la pinche nota, y luego toda la gente comentando como si lo supieran todo. Limpiaría la imagen de su hermano. Ella presentía que Ronaldo no descansaría en paz hasta que los hechos quedaran claros. “Sólo estuvo en el lugar equivocado”, pensó su hermana, y mantuvo ese mantra por el resto de los días.

Antes de la muerte, Ronaldo y Silvia tenían en su itinerario casarse en Durango. De hecho, Ronaldo trabajaba horas extras para liberar los últimos días del mes y lograr tal propósito: casarse ante los ojos de Dios, y por todo lo alto, con esos ánimos de celebración que fluía por las venas de la familia.

Silvia estaba más que contenta: todos esos meses decorando las uñas de quinceañeras y futuras esposas y ahora sería su turno, su momento de cuento de hadas. Para luego era tarde. Pronto dieron los depósitos para la renta del local, nombraron a los padrinos y madrinas de la boda, compraron los boletos de autobús y también dieron un anticipo para la luna de miel en Mazatlán.

Ahora, para su desdicha, la invadía la nostalgia asesina de esos días que no fueron.

¿Por qué esos sicarios no se tocaron un momento el corazón? ¿Él qué les hizo? Y es que a Silvia se le hacía imposible no pensar en cómo la violencia sacudía a la colonia como una ola: cómo a todas horas se escuchaban las sirenas de patrullas y todos en ese fraccionamiento sucumbían al foco y andaban como zombis perdidos en el vicio, si hasta en el transporte público se daban sus esnifadas y asaltaban y robaban sin reparos. Por lo tanto, la venta de tales sustancias eran todo un litigio, por eso la colonia hervía en asesinatos. Clanes contra clanes y quién sabe qué chingaderas más, qué más intereses movían los hilos del cochino vicio. Así que las sirenas aullaban, se oían disparos por doquier y era un peligro hasta ir por la Coca a la pinche tienda. Arrasaban parejito: mataron incluso a un bebé de tres meses en una de sus cobranzas. La música de Chalino, Jenni Rivera, Calibre Cincuenta y Conjunto Primavera de pronto de silenciaba por esos sonidos de ultratumba de los polis y los ministeriales y los paramédicos en sus vehículos.

Pese a ello, a Silvia se le hacía imposible asociar a Ronaldo con eso. Él nunca se metía nada, que ella supiera. No es que

lo vigilara. Tampoco que le revisara las cosas, pero cuando le lavaba la ropa nunca encontró nada extraño. “Pero manejaba un tráiler, y tú nunca te subiste a él. Quién sabe qué tanto escondía ahí”, le dijo una voz de repente y ella, pese a los esfuerzos por acallarla, pronto se convenció de que quizá nunca llegaría a conocer a su difunto prometido por completo. ¿Qué hacía ahí, en ese preciso momento cuando llegaron los sicarios en sus motos? Ni la policía pudo llegar a saberlo, porque cuando lo interrogaron el pobre de Ronaldo sólo podía concentrarse en reunir sus últimos esfuerzos para llegar al hospital y ser salvado.

En cuanto le dieron permiso en su trabajo, Blanca fue a la empresa de transportes donde trabajó su hermano. El jefe se presentó en el velorio, lo recordaba de entonces.

— ¿En qué le puedo ayudar? —le preguntó con una voz nasal en esa mañana.

— ¿Qué transportaba mi hermano? Dígame la verdad.

Blanca pensó que el jefe habría detectado cierto grado de locura en esa pregunta y en esos ojos hinchados de tanto llorar, pero no le dio importancia. Ansiaba la verdad. Necesitaba al menos una noche de sueño tranquilo teniendo la certeza de algo.

El jefe trató de tranquilizarla. Le sirvió un café. Le dijo que en su empresa sólo transportaban muebles. La llevó hasta la bodega donde se respiraba ese olor a madera serrada y a barniz fresco. “Entre no me haya traído para meterme mano”, temió, buscando con la mirada con qué defenderse en tal caso. La cosa, para su fortuna, no pasó a mayores. El jefe actuó con total cordialidad frente a una mujer dolida por la muerte de su hermano. Y ya estaba. Otra vez de vuelta a casa sin saber a ciencia cierta qué arrastró a su hermano a aquella vivienda, la escena de su muerte.

“Qué sabrán estas pinches viejas lo que es el trabajo de los hombres”, dijo una vez un compañero de Ronaldo, cuando este le hubo entregado un paquete de perico. Desde hacía algunos meses un amigo de la colonia convenció a Ronaldo para que distribuyera entre sus colegas esos *polvitos*, diciéndole que ganaría su buen billete y que para qué se hacía, si él lo necesitaba igual que todos para continuar manejando a altas horas de la madrugada por esas carreteras infinitas. Ronaldo aceptó, convencido de que no perdería nada, si al cabo ya trabajaba ahí y tenía colegas de confianza.

Esa noche, la noche de su muerte, fue a surtirse de más mercancía y qué iba a saber él que esos iban a ser sus últimos minutos de vida en la casa del Mochomo, su surtidor. Debí de pensar en eso, en los efectos colaterales de los trabajos fáciles, que en esas tierras dejadas de la mano de dios nada se consigue como caído del cielo. Todo se paga con sangre.

El jefe pronto averiguó la dirección de Blanca. Iría un sábado a hablar con ella. A confesarle la verdad. “Tu hermano tenía una red de tráfico en mi trabajo. Necesito que no le digas nada a nadie, así como yo no se lo he contado a nadie salvo a ti. No quiero que mi empresa se empañe por las malas lenguas, pero sé que necesitabas saberlo. Para que lo dejes ir o lo que sea”. También le ofrecería dinero, el que ella dijera, sólo para que ya no insistiera más en ir al trabajo y no siguiera investigando, porque si investigaba más se iba a meter a la boca del lobo y para qué esa familia iba a querer lidiar con otra muerte más.

Al final, tras contarle la verdad y hacerle la oferta, Blanca aceptó, entre lágrimas, quizá maldiciendo a su hermano, quizá de alivio porque esa herida, por fin, cerró. Aceptó 20,000 pesos, lo suficiente para comprarse un carrito y huir de esa colonia. La camioneta de su hermano la dejaron inservible.

PISCINAS

Ese verano yo estaba hastiado. Mi mente desfilaba dispersa por rincones varios y estaba harto de mí mismo. Los libros que leía a medias decoraban la cama —donde sólo dejaba a duras penas un espacio para mí— y no existía nada más que el sopor. Debía inventar una nueva versión de esos días con una actividad diferente al suicidio: el destino final al cual iban a parar todos mis pensamientos.

—Hay cursos de natación en las albercas de aquí abajo —comentó mi hermano en una comida. Creo que mi aburrimiento lo podían oler las personas. Por eso lo supo. Por eso me recomendó ese lugar. Porque cuando tienes ganas de habitar otra piel se te ve el vacío en los ojos. Puede que el alma se te vaya saliendo poco a poco, cansada también.

No tenía nada más que hacer ese verano y las clases de natación me parecieron buena idea. Dejé la soledad de mi casa. Me inscribí. Tenía algunos ahorros, incluso para comprar la ropa.

El instructor era paciente, de unos treinta años y algo ríspido. Le sacaban de sus casillas cuando no obedecían las instrucciones o utilizaban algo que no debían. Por mi parte, yo nunca quise molestarlo. Me miraba con conmiseración. Sabía que aprendería muchas cosas con él, pues para no haber estado nunca en un cuerpo de agua me mostraba confidente en las lecciones; mis avances eran más que evidentes.

—Tenemos a un futuro nadador olímpico en la familia —dijo mi hermano en la cena. Nuestros padres no comentaron nada al respecto. Intuía que la idea les parecía ridícula, como a mí. Me sorprendía la fe de mi hermano, pero si él me sacó de ese pozo de miseria (de mí mismo), algo de sabio debía de tener.

Durante las clases la sensación de derrota amainó. Era como si me pudiera quitar esa lapa de tristeza en cuanto entraba a la piscina. Una gran victoria. No quería dejarlas por nada del mundo. Cuando el instructor me dijo que existía una gran posibilidad de ir a una competencia estatal, no lo pensé dos veces. Me di de baja de la universidad.

—Los molerás a todos —aseveró con convicción.

Aún faltaba un buen trecho para que acabara el verano.

Durante la competencia el clima era tenso, pero no le di importancia. El clima siempre es tenso si lo ves con atención.

Mis padres no acudieron, pero mi hermano sí. Lo veía en las gradas sujetando una cartulina naranja fosforescente.

Quedé en un buen lugar.

No el primero, claro.

Me faltaba mucho para eso, pero estaba contento por mientras.

Aunque no estuve tan contento por el percance. Uno de los competidores pereció entre los silbatazos, la porra del

público y el alboroto de quienes nadaban. Nunca supe con exactitud cuándo. Lo bueno es que sí me dieron mi medalla.

Tampoco se supo por qué murió.

Surgieron muchas hipótesis. Dijeron que iban a cerrar la escuela de natación por algunas irregularidades. ¿Cuáles? Si eso fue una competencia estatal. En ese caso, que cerraran todo el estado. Que nos acribillara el verano a todos por igual como a mí me acribillaba, solitario y alicaído.

Ellos nunca sabrían cómo la natación me salvó. ¿Por qué atentaban con esa parte de mí?

Día tras día, sin embargo, fui teniendo más miedo.

Aparecían en las noticias más hechos de esa naturaleza: personas que morían en las piscinas sin explicación alguna.

—Es el gobierno que quiere acabar con el deporte. Se chingan todos nuestros impuestos. Ratas sinvergüenzas. Ponen algo en el agua.

Algunos decían cosas semejantes, como que había una bestia subterránea que les mordía en el tobillo y los mataba en el acto.

Temía que algo de eso fuera cierto, pero mi instructor me dijo con seguridad:

—Nunca cerraremos aquí. Incluso si lo clausuran encontraremos la manera de entrar. Tú no te preocupes.

Eso era una buena noticia. Sabía que él no me iba a abandonar. ¿Cómo podría decirle adiós a este recinto por el que era capaz de sacrificarlo todo? Nunca sería capaz de abandonar el oleaje hipnotizante, el olor abrasivo pero rico a cloro —tan tranquilizante para mis entrañas— y la sensación de que mi vida tenía sentido en ese universo líquido.

¿Cómo se abandona algo así?

La clausura se hizo oficial pese a todas mis súplicas.

Seguían muriendo más personas en las piscinas y en las competencias de natación.

—Eso ocurre —insistía mamá—, porque han recortado el presupuesto para los deportes. Si lo he de saber yo. ¿A cuántos muertos has visto?

—Al de mi competencia.

—Fue actuación —rebatí—. Para meterles miedo. Les convenía agarrarlos a todos en grupito para convencerlos de que dejaran eso. De cualquier modo, que ni se te ocurra volver a nadar. Tienes que volver a la universidad. Es muy peligroso, además, que sigas nadando. El gobierno puede hacerte daño. ¿No has escuchado sobre los del 68?

Le prometí que ya no volvería, pero mentí.

¿Qué haría con esa angustia arropándome en oleadas, haciéndome sentir insignificante y diminuto? En el agua era oceánico e imparable. Me sobreponía a todas las cosas con cada brazada. Si esas ansias asesinas volvían, me decía, sería capaz de mudarme hasta el mar y nadar ahí. Como los que nadan en el canal de la Mancha. Una hazaña así no estaría nada mal. Haría de todo con tal de no volver al hastío. Es que ellos no saben cómo se siente. Mis padres tienen un empleo de oficina y mi hermano tiene amigos hasta para aventar y todos lo adoran.

Mi único talento ha sido nadar y, como quien defiende lo único valioso que lo ata a la vida, me ataría a esa ancla así me enfrentara a peligros que ni yo conocía.

Sí, era testarudo. Pero también era cierto lo que decía mamá. ¿Alguien vio a la bestia que nadaba en las profundidades? Y si el líquido que según dispersaba el gobierno los mataba, ¿por qué no nos mataba a todos por igual?

A lo mejor todo se trataba de un enemigo ignoto, un enemigo al cual no le agradaba que yo hubiera encontrado mi sentido en la vida y me lo quería arrebatarse, y por ello me enseñaba todas esas fantasías. Era el último plan del verano en mi contra.

Así que me escabullía por las madrugadas.

El instructor me esperaba con la jovialidad de siempre.

— Así nacen los campeones. Lo desafián todo —sentenció, abrazándome. Luego me llevó por pasadizos nunca antes vistos hasta la calma que tanto conocía. El oleaje verdeazulado era tan diferente a esas horas de la madrugada... El olor seguía ahí, pero se percibía virginal, todo un nuevo universo por conocer. A mis anchas.

El instructor me dijo que me fuera a vestir, que tenía todo el tiempo que quisiera para entrenar.

Así lo hice.

Cuando salí de los vestidores lo busqué con la mirada, pero no lo encontré. No le di importancia: empecé a practicar porque temía que mis aprendizajes se oxidaran. Temía retroceder. Yo era un ser echado para adelante, no para atrás. Eso no.

Un sobresalto me borró toda concentración. Esa gravedad acuática se desdibujó. Me sentí atraído como a un agujero negro y por más que pataleaba no pude deshacerme de tal atracción. Traté de ver qué pasaba por debajo del agua. Y entonces, como en el último suspiro de una vida, las piezas encajaron. El instructor me mordía el tobillo.

Un hambre inhóspita le brillaba en los ojos, esos ojos que eran una pupila negra y corrosiva. Me mordió con sus dientes de piraña. Al final ese verano supo salirse con la suya, pero no me ganó porque cuando uno muere en el agua ha ganado la entrada a un mundo donde todo es libertad y mares infinitos, justo donde no existe el hastío.

ATOLE DE CIRUELA

Es la primera vez que visito la casa de mi tía Angelina. Nosotros siempre hemos sido una familia de bordes. Me explico: nos ponemos fronteras, migramos, nos alejamos, siempre estamos lejos del nido (me atrevo a decir que nunca lo hemos conocido).

Por ejemplo, la casa de mi tía está apartada de nuestro fraccionamiento.

Tenemos que cruzar varias granjas y salones de eventos para llegar a ella.

No es una colonia como tal. Compró el terreno y decidió construir sobre él; contrató, eso sí, a maestros inexpertos que le dieron una distribución muy rara. Cambió y cambió hasta que la tarea penelopesca de su nueva casa terminó. Uno de los cuartos lo puso en renta.

Viendo las calles, me sorprende la jauría de perros por doquier.

Ella tuvo uno hasta que se hartó de él o él de ella. Jamás volvió. Lo cambió por las flores, su método infalible para luchar contra la soledad crepuscular.

No me aburro porque me pongo a regar las matas por aquí y por allá, y a hacerles su taza, cambiarles de maceta y así.

Su jardín me sorprende en la mejor manera. Me recuerda a donde nací. En realidad, todo esto que he visto desde que salí del fraccionamiento me ha recordado a mi pueblo: los altísimos eucaliptos, la terracería, las granjas estilizadas, el viento de alguna laguna lejana y los patios amplísimos — los populares solares, donde nos sentábamos todos al atardecer a platicar o a merendar y el tiempo se detenía en la puesta de sol —. Las plantas de mi tía Angelina me hipnotizan. Forman un laberinto en el patio y las hay de todo tipo: enredaderas, de ornato, plantas colgantes, medicinales... Saca las sillas y las coloca bajo la malla sombra.

Siéntate, muchacho, qué milagro que has venido.

En el acto, me ha puesto en las manos una taza con atole de ciruela. Apenas recuerdo su sabor; en mi pueblo se hacía casi a diario en diciembre. Lo pruebo y los recuerdos vienen en oleadas. Si la casa de mi abuela tuviera un sabor, sin duda sería este. Una guerra civil de emociones se libra dentro de mí. ¿Preparó esta bebida pensando en mí y las cosas que echo de menos? No me da tiempo ni de preguntarle quién le trajo las ciruelas. La escucho con atención mientras reposo la bebida; aquí el calor de junio tiene colmillos, de no ser por eso bebería tazas y tazas sin parar.

Así que mi hija me contó sobre esas dichas memorias, pero nunca le entendí, me dice.

Le explico todo sobre la llamada, la flamante propuesta (me pagaría en dólares) y por qué es indispensable que me cuente su historia de vida, con los detalles más interesantes que se le ocurran.

Uy, no, ¿por dónde empiezo? Se pregunta, entre agobiada y achicopalada.

Una neblina azul le aparece de pronto en la mirada.

La visualizo como en una caricatura, buscando entre miles de archivos hasta encontrar un punto de partida.

Por lo primero que le venga a la mente, la animo.

Bueno, comienza, supongo que por la primera hija que se me fue. Sus hermanas, y conste que no las estoy culpando, porque si algo tengo yo es que nunca he culpado a nadie en toda mi vida, iban del tingo al tango. No les paraba el tacón, las botas, los zapatos de charol. Las muy traviesas se fueron sin mi permiso y se llevaron a Yolanda. Ay, no, cómo le brillaban los ojitos cada vez que las veía saliendo en la camioneta. Les encargué a la niña esa vez. Así pasan las desgracias, cuando menos te las esperas. La mandaron a la tienda por un Alka-Seltzer y la arrolló un tráiler. Murió ahí mismito y el cabrón salió pitando. Apenas hasta ahorita tu prima con la inteligencia artificial y esas chingaderas restauró una foto y qué bonita era. Nunca se deshacía sus chonguitos y quería mucho a sus muñecas, nunca las soltaba. Sólo Dios sabrá por qué me la quitó.

Se lleva una cucharada de atole a la boca, tratando de mitigar la amargura de tal anécdota.

Como si sopesara el aire tenso recién aparecido, equilibra la balanza y decide contar un episodio más amable.

Pero después a mis demás hijas les fue requetebién. Se fueron de mojadas al otro lado y gracias a Dios llegaron sanas y salvas. Nombre, si la noche en que se fueron no pegué ojo. Tuve pesadillas donde se perdían en el desierto y vagaban hasta secárseles el cuerpo. Lo bueno que una de ellas tenía un novio medio narquillo y amenazó al coyote: Les pasa algo y les vuelo los sesos a ti y a tu familia, le dijo. Por fortuna, llegaron bien. Empezaron a trabajar en la pisca de tomate, de secretarias y hasta de sastres. Trabajos les sobraban, es que siempre han sido muy luchonas, muy regias, muy echadas para adelante. Pero no todo fue miel sobre hojuelas;

a una de ellas, a la Angie, una mujer con tantos ovarios, la torció bien feo la policía gringa. Al hermano de su marido le hallaron algo turbio en su taller mecánico y los investigaron a ellos. Les quitaron el negocio y parte de su patrimonio se fue en abogados para no ir presos. Nombre, si la supuesta justicia es una jalada. Ahora ya tiene un mejor marido, sin esa mala sangre de por medio. Gracias a Dios. Y con Marinita las cosas también han estado turbulentas. Sus hijas le salieron más locas que una cabra. ¿Supiste de mi nieta?

Sí, tía. A grandes rasgos, porque mi prima nunca quiso contar nada.

Es que es muy doloroso para ella, me comenta con la cara hundida entre las manos. Su hija estuvo metida en las drogas desde adolescente. Se le iba a las fiestas y amanecía tirada en las banquetas. Muchas veces los policías se apiadaban y la llevaban a casa. Y ella sin saber de sí misma. Tuvo que abortar cuando su mamá la halló de loca con un marihuano. Llegó a escuchar voces en la choya, decían, pero ella nunca tomó su medicación. ¿Qué futuro le esperaba a una criatura con una mamá así? Era lo que me consolaba, porque yo soy de ir a la iglesia aquí y a donde me lleven mis hijas, y yo nunca consentiría una atrocidad así, ni muerta. Si yo nunca me rajé, con ninguna, y eso que no la tuve nada fácil. Bueno, pues ella terminó con uno de esos finales con los que te castiga Dios; no hay otra explicación. Por sacarse al bebé. ¿Recuerdas que te dije que mi hija se dedicó un tiempo a la moda, a la sastrería y esas cosas? Ay, estaba tan contenta con ese encargo. La empresa le asignó una colección de trapos muy elegantes, finísimos de París (hasta allá llegarían) y un día se llevó su trabajo a la casa. Desocupó un cuarto especial para tal labor. Pero cuál sería su sorpresa cuando se enteró de que en una de sus crisis mi nieta prendió fuego a la habitación y ahí se murió calcinada. Esto no lo sabe nadie, pero tenía otro bebé en la panza. Una de esas pinches voces le dijo que lo hiciera y ella obedeció. Las telas de mi pobre hija la envolvieron en su infierno. Los envolvieron. Pues como dicen, hay mujeres que no

están destinadas a ser madres y aquí se cumplió al pie de la letra. Quién sabe qué maldición esté pagando esta familia.

¿Me sirve más atole, tía? Está buenísimo, digo para distraerla.

Regresa campante de la cocina. Reanuda su plática como si nada.

¿Quién me falta? Ah, los varones. Felipe pasó siete años en la cárcel por dispararle a un policía. Ellos le respondieron con siete balazos y aun así lo refundieron. Al día de hoy vive en Los Cabos, donde tiene una frutería, ya lejos de los problemas y de los vicios. A mi Mario me lo mataron porque andaba en malos pasos, él sí hasta el fondo; me dejó una casa de herencia, pero jamás la habité. La tengo rentada. Y ya sólo falta mi Raquel. Ay, mi Raquelita. Siempre fue la menos agraciada de todas y por eso les agarró un odio malsano. “Me voy a conseguir un novio que me deje bien tuneada”, me dijo una vez, pero yo pensé que lo decía en broma. Hasta que vino un día a visitarme. Vestía con lo mejor de la plaza. De pies a cabeza. Parecía una barbie. La nariz antes como de tucán ahora respingadita y su cintura de avispa como la Thalía y esos pelos hirsutos ahora cayéndole como una cascada brillante. Si sus hermanas la vieran, jamás la reconocerían. Nombre, mijo, hasta me asusté. Pensé que era una aparición, un ánima, tal vez mi hija Yolanda regresando de la muerte, más crecida, para llevarme con ella. Pero no, ni madres, era ella, Raquelita, que ya no era Raquelita ni Raquel, sino Rachel, dama y señora de un capo importante. Ese no duró mucho. Lo secuestraron los enemigos. Para soltarlo pidieron a cambio una casa. Raquelita, toda una dama implacable, se hizo la que no tenía sentimientos, pero como él le hizo una hija, esta casi se desmayaba suplicándole que hiciera algo por su apá. Y como los hijos lo son todo, pues dio paso atrás: les dio la casa. Nunca quiso saber nada más de él. Desde entonces, quizá por sentir a la muerte cerquitita, se obsesionó con su nombre y su impronta en el mundo. Empezó a hacer dinero por su cuenta, ya me entiendes. No quería mamar la chichi a ningún cabrón. Y ya estando allí, quiso escalar a lo más grande. Si no pa’ qué. Buscó al mejor compositor

de corridos en México. Quiso embarrarse las manos de sangre, porque de ella no contarían mentiras y hasta derribó aviones del ejército para que su canción quedara chida y fuera la mejor, la más belicosa y la más sonada. Lo logró. Tuvo su canción, pero corrió con la misma suerte de su hermano Felipe. Aunque, para qué digo la misma suerte si se sabe que nunca nadie la tiene igual. Ella no sobrevivió a los más de diez disparos. Murió de camino al hospital.

Con un largo suspiro mi tía da por concluido su testimonio. El cielo se ha oscurecido en un azul espliego. Le doy las gracias una y otra vez, y la consuelo con alguna frase que me asalta la mente sobre la locura familiar y esas cosas, de algún libro de Emiliano Monge. En una ocasión leí que los jóvenes alemanes se cortaban con una navaja en la mejilla para recordar a sus amigos perdidos en la guerra. ¿Qué señal de pérdida hay en el cuerpo o en la memoria de mi tía? He estado muy cerca de averiguarlo. Le digo que mejor me voy yendo, porque el cielo parece dispuesto a reventar en cualquier momento y yo le tengo un pavor cósmico e inhumano a los rayos. Le agradezco otra vez por el atole de ciruela, le comento que tenía sin probarlo desde que dejé el rancho. Ay, mijo, yo feliz de hacerle su atole. Cuando tenga más ciruelas le hago de nuevo. Es más, llévese el que queda. Le digo que no hace falta, que ya ha hecho mucho por mí. Me besa en ambas mejillas y me abraza.

Tía, ¿me va a decir quién le trajo las ciruelas?

Ella sonrío tomada de sorpresa por la pregunta.

Sé que no afronta la soledad sólo con sus plantas.

Me las ha traído un conocido, afirma.

Tiene el mismo brillo en la mirada de cuando habla de sus bailes.

Y EN AGUA TE CONVERTIRÁS

Nunca llovió tanto. Las presas romperían en cualquier momento. Las casas pronto serían evacuadas. Los patrimonios pronto se perderían. Las constructoras se lavarían las manos y reconocerían por fin que en esas zonas no debieron construir asentamientos.

La colonia, bien conocida por los crímenes que la sacudían, estaba construida sobre los márgenes de un río gigantesco y sus calles tenían los nombres de algunos ríos del mundo. El río atravesaba la ciudad como una inmensa cicatriz y en esa temporada de lluvias era el terror de los habitantes, quienes temían que en cualquier momento se desbordara y esas casas —algunas que ni pagadas estaban todavía— fueran arrasadas en su flujo. Porque el río hasta mugía como una bestia del infierno, decían los pobladores; el río tenía el espíritu de mil muertos y por las noches, cuando la oscuridad era honda, se le escuchaba proclamar con-

tra Dios con una voz que te secaba la sangre, diciendo *Aquí vengo por todos ustedes*.

Enrique Palacios no escuchó esa voz, pero escuchó una voz más punzante y peligrosa, la de su cabeza: una voz que lo instó a sumergirse en ese torrente asesino con camioneta incluida.

Esa voz le decía que su vida era una miseria. Rompió con Clarita hacía una semana. Les platicó del rompimiento a sus amigos y estos tuvieron una idea: darle el susto de su vida. *Si a ella la vimos con otro chavo ya, en la fiesta del Luis, bien felizota. ¿Tú crees que dejaremos que le hagan eso a uno de nuestros compas?* Y entonces se reunieron para ir a darle un levantón en la camioneta de Enrique.

Pero antes de la cruel venganza y de la decisión fatídica de Enrique Palacios, cabría considerar otra de las aristas de su abismo. ¿Los abismos tienen aristas? ¿O convendría mejor decir *horizontes*?

Él y sus amigos, desde chicos, eran el infierno desatado. Las vecinas los miraban con repudio.

Donde están ellos no ocurre cosa buena, afirmaban.

Tenían un poco de razón. Su líder a veces tenía ideas descabelladas, como irrumpir en casas a medio construir y dejar grafitis en las paredes recién enyesadas. Una vez les dio una clase muestra sobre la masturbación masturbando a un perro callejero. Nadie podía protestar, porque de hacerlo ordenaba que entre todos lo sometieran a chingazos a ver si así aprendía a quedarse callado y obedecer.

Enrique Palacios recordaría hasta el día en que se aventó al río con su camioneta aquel asunto de la feria. Necesitaban ir a la feria, pero no se completaban con la lana.

Yo conozco a alguien, dijo Ever, el líder.

Fueron a su casa. Era una casa en las afueras. “Y yo que pensaba que toda nuestra colonia estaba construida en las

afueras”, pensó en ese entonces Enrique. Aquello era mil veces más ínfimo si cabía: láminas apenas sosteniéndose, muros de tablarroca y una iluminación a base de lámparas de queroseno, que él creía extintas.

Aquel ser vivía en las sombras. ¿Cómo era que tenía dinero? Apenas se le veía la cara. “Cualquier cosa que les diga, ustedes tienen que aceptar”, les dijo Ever. “Y si no acatan, ya se saben el castigo”.

Aquello era una tumba. ¿Quién sería capaz de vivir así? A lo mejor todo era para guardar las apariencias; quizá ese sujeto marginado tenía esa casucha para esconder su fortuna. Si Ever decía que pagaba bien y que nadaba en dinero, es porque así era. No se discutía.

Si a Enrique aquel escenario le parecía tenebroso, había que esperar a la voz del adinerado. Una voz de ultratumba, cavernosa y estentórea. Te cimbraba en los huesos. Enrique y los demás pensaron en lo mismo: *es un puto extraterrestre*. Ellos no sabían, sin embargo, que había alienígenas despojados de su cargo, condenados a la inmundicia, peor que los humanos. Si hubieran prestado más atención (si el miedo no les hubiera emborronado los sentidos), se habrían percatado de su tatuaje. Más que un tatuaje, parecía una marca como la del ganado, de un azul eléctrico. La marca del destierro. La marca que se le daba a aquellos que olvidaban su misión y se entregaban a las pasiones humanas y las transgredían.

Pero nunca repararon en ello.

Sus mentes se ocupaban en asuntos más serios.

Como en escuchar los gritos provenientes del cuartito contiguo.

Aquella vez no fue la excepción: Ever fue quien dio el ejemplo a la gavilla y se ofreció a ir primero. Se escuchaban sus gritos reprimidos. Querían ir a ofrecerle a ayuda, a sacarlo de allí en friega, a terminar con ese estúpido tormento. Pero sabían que él no lo permitiría.

Enrique Palacios fue el siguiente. “Mejor acabar de una vez por todas con el tormento de mi mente y quedarme solo con el suplicio físico”, sentenció.

La oscuridad ayudaba. Era tan espesa que pensó poder nadar en ella. Aquel sujeto jadeaba. Notó hilos de sudor en su pecho, pero nada más. Pasarían años y él no llegaría a ninguna conclusión. Tampoco le preguntaría nada al respecto a Ever. Después de esto irían a la feria sin ningún problema. Era lo que importaba. Se sentó en el taburete, cerró los ojos (aunque daba lo mismo: la oscuridad lo gobernaba todo) y apretó los dientes. El sujeto tomó unas pinzas, le dijo que se quitara los zapatos y los calcetines y comenzó a extirparle la uña.

Esos sonidos de gozo jamás los olvidaría.

Al principio pensó que su propio dolor sería imposible de desterrar, pero en realidad lo que pervivió fue ese contraste asesino: cómo el sujeto se regodeaba de placer al notar su dolor, cómo jadeaba y se llevaba una mano a la entrepierna, anegado en sudor.

Al final, les pagó con más dinero del que vieron en su vida.

Se escaparon a la feria e hicieron como que nada sucedió.

El preludeo del suicidio de Enrique Palacios fue, entonces, la lluvia.

Una lluvia devastadora donde lo angustiante no era lo que destruía, sino lo que desenterraba de sus entrañas y sacaba a relucir a la superficie. A Enrique los días lluviosos lo ponían mal, a pesar de que de esos sucesos transcurrieron más de diez años. Esa lluvia fue crucial. Sacudía, removía, limpiaba y rompía las cerraduras a esos recuerdos enterrados. Y era insoportable. Y Enrique Palacios a cada hora pensaba en morir.

La desolación se podía respirar.

¿Qué haría sin su Clarita?

Era lo único puro de su mundo.

Porque aprendí muy bien que en esta tierra hay seres enfermos que nunca sacian su placer y piden más. Piden lo impronunciable y te secan. Y no hay ningún Ever espiritual que te haga recuperar el rumbo.

Clarita quiso huir despavorida de aquellos seres que se afebraban a ella como posesos. Fue infructuoso. Ni morderlos podía. Sus carcajadas le taladraban el alma. Fue como estar en una pesadilla. *Por andar cortando con el Enrique, le decían, y por andar fornicando luego, luego con el Adán.*

La iban a llevar al río. En ese momento la lluvia acababa de menguar. Enrique era quien llevaba el bidón rojo de gasolina. Temblaba. “No quiero hacerlo”, pensaba. “No quiero quemar viva a mi Clarita”. Y es que él pensaba que siempre sería suya y que si seguía con esto ella nunca se lo iba a perdonar. Tenía que hallar un modo de parar esta salvajada.

Entonces uno de sus amigos le quitó el bidón y comenzó a bañar ese cuerpecito tembloroso ante las risas de todos, quienes le insistían al Enrique que prendiera el cerillo y fuera el ejecutante de esa vendetta. *Si bien merecido se lo tiene.* Pero el cerillo no prendía. Por más que Enrique recordaba la traición y se le quemaban las venas del coraje, el cerillo no quería encender. Quizá por la brisa aún presente de la lluvia, quizá por el espíritu del río que se estaba levantando en esa negra noche.

La luz de una patrulla brilló en la oscuridad y todos corrieron a la camioneta. Dejaron ahí a Clarita, casi inconsciente por el susto, con el río bramándole al oído, bien cerquita, pensando que en cualquier momento esa corriente la iba a arrastrar y que no podía decidir cuál muerte era más monstruosa, si ser quemada viva o ser engullida por esa inmensidad sin límites en una agonía en la cual tus pulmo-

nes gritaban pidiendo auxilio y la vida se te encogía poco a poco, rompiéndose por dentro. En medio de esa oscuridad ni supo hacia dónde correr.

Enrique recordaría después el calibre de su cobardía. Acudió a la ribera del río pensando que su vida no tenía ningún sentido y se lanzó en su camioneta a aquella boca hambrienta que corría y corría embravecida sin importarle nada a su alrededor. “Quizá exista algo más allá de estas aguas, ahí me llevarán, a ese más allá”, fue su último pensamiento. Enrique Palacios gastó sus últimos alientos en maldecir a aquel ser sin nombre. “Crece, río, crece, y tráelo conmigo”, maldijo.

Las autoridades lo buscaron y encontraron su camioneta, pero jamás su cuerpo. Dicen los habitantes que el espíritu de esa corriente furiosa lo continúa castigando en una región que nadie sabe nombrar por lo que él y los suyos le hicieron a Clarita. Y nadie sabe —nadie sabrá— la maldición enhebrada en esas corrientes rabiosas. Incluso con sus pulmones contritos seguía balbuceando; tenía una amplia experiencia omitiendo agonías.

MÁSCARAS DE LÁTEX

Era nuestra época favorita. Era septiembre, había cohetes y todas las calles estallaban de los colores patrios. Papel picado decoraba cada calle; no quedaba ni una sola sin ser tapizada y la catedral se volvía más pintoresca en esa época del año.

Me gustaba gastar mis ahorros en cohetes con mis amigos Félix y Alberto. Ninguno se rajaba, por más que nuestras madres insistían en que no lo hiciéramos. Pero si lo dejábamos de hacer dejaría de ser septiembre. Pasaría el mes sin pena ni gloria. Las palomitas, los chifladores, los pedos de bruja y los tanques no podían faltar. Eran nuestra música. Nuestros pulmones podían reventar si no inhalábamos su aliento a pólvora.

Este mes, sin embargo, a todos nos sorprendió.

Llegó a la colonia un fabricante de máscaras de látex.

A ese fabricante (pronto supimos que se llamaba Memo), nadie le conocía el rostro. Cada día se cambiaba de máscara —de su propia creación— y en ningún segundo se la quitaba.

A todos pronto nos dejó de interesar septiembre. Nos interesó el después.

— Van a ser los que más miedo darán en toda la ciudad si usan mis máscaras —nos gritó una vez. Pero era tanto nuestro miedo que no nos acercábamos. Si las máscaras que se ponía daban horror, ¿cómo serían las que ponía a la venta?

— Dile que te enseñe las máscaras que hace —me dijo Félix—. ¿O te rajás?

— Estás meco si crees que lo haré. Pues máscaras de terror son las que hace, ¿de qué más? Más bien parece que tú no eres lo tan valiente para verlo. Yo ya lo hice. Nuestras mamás dicen que no nos acerquemos.

— También dicen lo mismo de los cohetes.

— Pero esos no son tan peligrosos como él. Mi mamá dice que es un loco, que su familia lo rechazó y vaga por el mundo.

— Eso es mentira —dijo Alberto—. Bueno, sí, está loco, pero porque mató a su prometida y le arrancó la cara. Ella le puso los cuernos. Se arrepiente de ello y por eso fabrica máscaras, como si pudiera traerla a la vida.

— Debe estar jodido tener esa máscara todo el día. ¿Por qué la tiene?

— Porque Dios lo castigó y le pudrió la cara. Se le cae a pedazos.

— ¿Cómo le hacemos para saber si es verdad eso?

— Quién sabe. Algunas cosas son mejor no averiguarlas.

A pesar de todo, sí que quisimos averiguarlo.

Planeamos emborracharlo, entrar a su tienda y, una vez se encontrara en estado inconsciente, quitarle la máscara

para ver su verdadero rostro. Como todos estarían ocupados en el Grito, no se darían cuenta. Nos haríamos los enfermos para no ir al centro.

Mientras tanto, algo pasó con nuestra pirotecnia. A los tres por igual se nos atrofió nuestro arsenal. Apareció mojado de un día a otro. Las cebollitas despanchurradas y aguada entre charcos de colores amarillos, rosas y azules. No lo podíamos creer. En ningún año nos pasó eso. Tenía que ser cosa del demonio.

—De seguro el enmascarado como se enoja porque compramos cohetes y no sus perras máscaras, se encargó de estropearnos nuestra carga.

—Quizá se quemó en un taller de pirotecnia y por eso le aterra escuchar los tronidos.

—Eso no le da derecho a hacer lo que hizo. Ahora más que nunca tenemos que vengarnos.

—Yo me gasté todos mis ahorros en esto —dije, mostrando el amasijo de papel de china rosa mojado—. ¿Ahora cómo le hacemos?

—Cambio de planes —repuso Félix—: antes lo íbamos a desenmascarar, pero ahora le vamos a robar todo lo que tenga.

—No creo que podamos. Se dará cuenta y les dirá a nuestros padres. Mejor hay que trabajar con él. Con un día la armamos.

Los dos se rascaron la cabeza, pensativos.

—Bueno. Igual si lo hacemos a la luz del día, no creo que nos haga nada.

Al día siguiente nos aparecimos en su negocio.

—Venimos a trabajar. Perdimos nuestros cohetes y necesitamos dinero para volver a comprar. Haremos lo que nos diga.

Al enmascarado como que le costaba hablar. A nosotros más, porque en cuanto mirábamos las máscaras nuestra sangre se detenía y se helaba. Pesaba en nuestras venas. Las muecas de espanto, las cicatrices, la sangre que parecía demasiado real. Gusanos, tuercas, dientes picados, ojos, vísceras, cabello, hachas, sierras, avispa en medio de un vómito ámbar, tarántulas... Todo el gabinete de los horrores lo tenía encima de una mesa, los horrores dispuestos para su armado. Con sus manos y su látex podía unir cualquier horror con otro. Su voz transpiraba a través de la máscara para decirnos qué hacer. Sólo teníamos que amarrarles el elástico y nos pagaría lo justo. Hasta nos sobraría para comprarnos chucherías.

—Voy a tomar una siesta —nos avisó—. Ustedes encárguense del negocio por mientras.

Le dijimos que sí.

Nos la puso demasiado fácil.

Jugamos un piedra, papel y tijera para ver quién iba a quitarle la máscara, si es que no se la quitó para dormir.

Yo fui el seleccionado.

Yo sería el primero en toda la redonda en ver su rostro real. El primero. Nadie tuvo este privilegio ni logró lo que yo lograría. Que los demás se quedaran con la curiosidad, pero yo no.

Fui a su recámara cruzando todo un laberinto de fierros. La oscuridad era espesa; parecía que podía cortarla con un cuchillo. Me guiaba por puro instinto, ahí a donde se escucharan sus suaves ronquidos. Esos ronquidos plásticos. No se quitó la máscara ni para dormir.

En su recámara apenas entraba un rayo de luz, pero el suficiente para ver cada detalle.

Me moví como un fantasma.

Tenía miedo de moverme de manera tan sigilosa que pudiera, en cualquier momento, ser capaz de abandonar mi cuerpo.

Llegué hasta él. Su máscara estaba desencajada. Sólo tenía que moverla un poquito más.

Los demás me miraban desde el umbral.

Deslicé esa capa de látex, listísimo para revelar el misterio. Y entonces ocurrió lo impensable. Si hubiéramos apostado, nadie habría imaginado esto. Nadie. Ni los adultos que ya lo vieron todo.

Al enmascarado le crecían más y más capas de látex conforme se las quitaba. No tenía un rostro como tal. Su rostro eran máscaras y más máscaras, en una infinita sucesión. Como si su piel se regenerara a la velocidad de la luz, pero en forma de látex y no de piel humana. ¿Qué clase de pacto elaboró?

No supe cuánto tiempo pasó. Mis amigos vinieron a apartarme de él. En cierto modo, sentí mucha pena y tristeza. ¿Por qué no tenía un rostro como todos nosotros?

Cuando nos disponíamos a abandonar el negocio, el enmascarado despertó y nos habló desde su cama.

—¿Quieren saber la verdad, muchachos? —nos ofreció—. En realidad, soy un ángel. El más hermoso que ha creado Dios. Pero cuando caí a la Tierra mi rostro era tan bonito que los humanos se volvían locos o quedaban ciegos. Sólo he dejado, por voluntad propia, que uno de ustedes me mire, y eso fue para devolverle la visión, ya que él fue herido mientras trabajaba con su padre en una fábrica de palés. Mi misión todo este tiempo ha sido compensar con máscaras horribles la balanza. Máscaras de miedo para equilibrar la belleza con la cual nací. El mundo siempre ha exigido un equilibrio; tal es mi trabajo. No obstante, ya que han insistido tanto, les dejaré ver la cara por la que fui condenado.

Se llevó una de sus manos huesudas al rostro. Temí que su belleza nos fuera a herir, como pasó en sus viejos tiempos.

Que nos dejara ciegos o algo peor.

Yo estaba petrificado. Por más que quisiera correr de ese lugar mis piernas no me respondían. Al quitarse la última máscara, fue como si toda la pirotecnia del mundo hubiese estallado. No supe en qué fracción de tiempo estaba, si en la que ya era demasiado tarde o en esa donde todavía existe escapatoria. Yo, que jamás fallé en echar a correr en el momento exacto antes de la detonación de un cohete, ahora no sabía moverme. No sabía escapar.

Es que era una tentación verlo. La curiosidad de una infancia compartida repartida en un rostro.

Esa fracción de su cuerpo brillaba, estallaba y llenaba la habitación de una luz dorada. Era una lumbre donde deseabas quedarte sin reparar en las consecuencias.

Era una conspiración de belleza por doquier. Sin hacer ruido. Sin explotar. Sin quemarte la piel ni volarte los huesos.

Mis amigos jalaron de mí como si fuera el fin del mundo.

Me pregunté por el resto de los años si el fin del mundo sería así de bello.

TÍA

Los árboles de tamarindo tardan de siete a diez años en dar fruto. Pero en la casa de mi tía es distinto. Ella no sabe que yo lo sé. ¿Será una extraterrestre? Eso no está confirmado, pero lo que sí es que ella tiene el poder de acelerar el crecimiento de árboles y plantas.

Yo me sentí especial la primera vez que toqué una de sus plantas y estas se cerraban al tacto. Eran unas plantas como con dientes redondeados, en fila, que al tocarlas se replegaban sobre sí mismas y se cerraban. Sin embargo, esto no es nada en comparación con su don. Ella puede resguardar a una población entera durante un apocalipsis. Mi tacto no es especial.

Empecé a sospecharlo cuando estuve a punto de morir-me por jugar con el hueso de un durazno. Lo pasaba entre mis dientes y mi lengua y, cuando menos lo pensé, el hueso lo tenía atorado en la garganta y mi cara se estaba poniendo morada. Mi tía acudió en mi auxilio. Me lo sacó con sus ma-

nos hábiles de hilandera. Hurgó con una maestría de cirujana y lo sostuvo triunfante en el aire. El hueso de durazno que casi me costaba la vida. Nunca respiré con tanto alivio.

—Este hueso lo necesito —me dijo con la mirada—. Recuerda que en esta casa nada se desperdicia. Yo sé en qué lo usaré.

No lo entendí en ese momento, sino mucho después.

Una vez la vi plantando unas semillas. Hacía un movimiento extraño con los dedos, como si estuviera manipulando hilos invisibles. Desde ahí confirmé mis sospechas. Estaba encantando las semillas. Alterando, quizá, la ruta esencial de sus vidas. Magnificando su tiempo, hablándoles de un tiempo distinto y singular; un tiempo que nosotros los mortales jamás conoceríamos.

Y es que eso es lo menos que Dios podría darle. Ella y sus familiares pasaron por muchas carencias. Desde la infancia. Eran ella, cuatro hermanas y dos hermanos (ellos en cuanto tuvieron la edad suficiente se fueron al extranjero, ilegales). Sospecho que el hambre, esa recurrente visitante, en cierto día le habló en un lenguaje arcano y despertó esa magia en ella. En el acto hizo brotar frijoles, calabazas, chiles, mangos, manzanas, elotes y tomates. Imaginé lo divertido que debió haber sido aquello: crear alimento poseída por una fiebre benigna, poblando riqueza para los estómagos donde antes existió un vacío voraz y desolador. Se acabaron aquellas historias.

De modo que cuando volví a visitarla me sorprendió su edén. Así me imaginaba el paraíso del cual nos hablaban las testigas de Jehová, como la casa de mi tía. Apenas se podía transitar en el patio por tantas plantas. Las sombras eran exquisitas, pero tenías que andarte con cuidado por si pisabas alguna raíz o algún tallo. Era una ciudad extendiéndose con sus arterias a través de ese terreno tan conocido por mi infancia. Caían frutos maduros y a veces explotaban sobre

tu cabeza y tenías que comértelo, porque en su casa no se desperdiciaba nada.

En cierta manera, así fue como mi tía fue adquiriendo aspecto de santa. Para mí. Los adultos nunca sospecharon; pensaron que era cosa de fertilizantes.

Claro, mi tía tuvo un cariz de santa hasta que pasó ese asunto con el cobrador.

Todos se fueron a una fiesta y yo me quedé cuidándola porque le dolía la cabeza. Entonces llegó el sujeto en su moto, como un jinete del fin del mundo. Se veía a leguas que la hostigaba. Yo estaba en el cuarto cuando pasó, pero pude ver la escena dibujándose en mi mente. El tipo comenzó a cobrarle algo que no debía. Mi tía empezó a defenderse como podía, mientras yo me congelaba del terror. Por eso hizo lo que hizo. Me lo contó después:

— Le hice crecer la semilla de sandía que se tragó esa mañana — me comentó, entre el orgullo y la histeria —. ¿Escuchaste cómo se ahogaba? Maldito cerdo, lo tenía más que merecido. Hubieras visto cómo echaba una saliva verde. Trataba de respirar y sólo se ahogaba con la mata, bien tupidita en su hocico. No dejaba de crecer y de treparle por las entrañas.

La miré con admiración y también con cierto miedo.

¿Las santas mataban?

¿Podías matar y seguir siendo una santa?

Como sea, ese secreto quedó entre ella y yo. Mi especialidad era guardar secretos. Quién sabe cómo se deshizo del cuerpo, pero la verdad es que nadie se preocupó por él en lo más mínimo. Parecía que se lo tragó la tierra. ¿Sería también su especialidad devolver las cosas al subsuelo? Su tumba imaginaria quedó sellada a la perfección, a cal y canto. Nunca nadie lo buscó. También en sus recuerdos lo enterró. Bien enterradito.

No todo era miel sobre hojuelas. A mi tía algunas cosas le afectaban, incluso con su poder de semidiosa. La lluvia, por ejemplo. La lluvia la sumía en un trance melancólico. Quién sabe en qué la hacía pensar. Restregaba mejilla y mentón con sus manos largo rato, en una tromba de pensamientos indescifrables.

Por otro lado, no dependía sólo de frutas y verduras. Necesitaba la carne. Sus hijos con el paso del tiempo compraron sus propios cochinitos y vacas. Mataban a sus crías para subsistir, una vez que estuvieran bien gorditas y nutridas. Como decía, algunos acontecimientos escapaban de su control, como los eclipses: se decía que estos comían algunos de sus miembros durante la gestación y nacían enfermos, sin un hueso o con uno de más y, por ende, no sobrevivían. Ese tipo de don le era ajeno. No podía prevenir eclipses. Los misterios del cielo serían siempre misterios.

Para acabarla de fregar, tampoco podía controlar la maldad humana, y esa afloraba. Un vecino desgraciado le envenenó a una cochinita. No pudieron salvarla. Mi tía se las cobró con la esposa. Esta vez lo hizo cuando ella tragó semillas de guayaba, con guayabas que mi misma tía le regaló. Una rama brotó de su panza como la mano de un dios y les cercenó a los hijos apenas crecidos como pequeños melones; mi tía desconocía su estado. Se sintió un poquito culpable.

—Peor que dejar crecer a esos críos con ese asesino. Están mejor en el cielo.

Así se consolaba.

El segundo acontecimiento que nos tomó desprevenidos volvió a tener algo que ver con el cielo. Maldito misterio. Siempre se andaba con sus salvajadas. Cuando no era una cosa, era la otra. Durante una tarde lluviosa se le ocurrió mandar un rayo directo hacia las vacas. Mató a dos. Una era de mis primos. Mi tía pensó que las vacas saltarían por los aires, despedazadas, en un mar de sangre y huesos y

vísceras por todo el maldito corral. Pero no. Estaban como dormidas.

Decidieron hacerlas carnitas. Como si fuera un desgraciado ajuste de cuentas, dicha vaca estaba preñada.

Como sea, se hizo una pequeña fiesta. Fuimos muy felices, a pesar de la desgracia. A ver si el cielo no nos veía felices y lanzaba otro de sus rayotes.

—Tu supervisor ese se pasó de la raya —le comenté a mi primo Iván. Él siempre estaba taciturno, encerrado en sí mismo como en su propia médula ósea. Costaba sacarlo de esa atmósfera. ¿De qué se protegía?—. Mira que culparte por lo de las vacas. ¿De qué forma podrías parar los perros rayos?

—Se pasó —concordó—. De pura suerte no me tocaron.

—A ver si esta carne no nos hace daño.

—No creo. En todo caso, ¿en qué nos iremos a convertir? No creo que nos hagamos superhéroes por culpa de la carne electrificada.

Sonreí. La idea me sedujo.

Traté de que las supersticiones no me afectaran. Mi tía le puso un poco de su escasa alegría a esta fiesta. No ganaba nada atormentándome. Lo material siempre regresa. Era una paz inmensa que la familia estuviera intacta. Mientras veía a los demás bailar, me preguntaba qué hicimos para merecer esos rayos. ¿A qué dioses incomodamos? ¿Qué significado tenía la muerte de dos vacas en específico? ¿Teníamos que hacer algún tipo de sacrificio para que no volviera a pasar? A lo mejor lo difícil era aceptar que tales rayos ocurrieron nada más porque sí, sin ninguna voluntad de por medio. Un capricho de la naturaleza que, en su ejecución, se cobró dos vidas y un gran pesar en nuestros corazones.

Temí por el edén de mi tía.

La música zumbaba como una tromba y yo sólo podía pensar en eso: ¿qué tipo de desastre natural sería capaz de

destruir su baluarte alimenticio de años? Si eran los truenos, temí, al menos tendríamos un tiempo para reaccionar y salvar cuanto se pudiera. No sería fulminante. O al menos eso apostaba.

Días después, poco recordaríamos de la fiesta. Una convocatoria siniestra corrió de boca en boca. Hasta la regidora vino a la casa.

— Nos estamos enfrentando a una amenaza sin precedentes. Necesitamos todos los elementos posibles. Claro que no será gratuito: compensaremos mes con mes el servicio de su muchacho.

La regidora conocía a mi primo Iván y sabía que yo sólo estaba de visita. Nuestras miradas se congelaron del terror. ¿A qué amenaza se refería? ¿A dónde se llevarían a mi primo?

Mientras mi tía pensaba en una respuesta, pesaron a Iván. Yo no creí ni por un segundo que lo fueran a aceptar en sus fuerzas: estaba tan flaco que parecía tener paludismo, con el aspecto más agotado que puede tener un ser humano sin llegar a estar muerto. A pesar de ello, continuaron con el protocolo. Anotaron sus datos. Mi tía, sin embargo, no podía articular un sí ni un no.

— En caso de que nos dé el sí — informó la regidora —, necesitamos que engorde a su hijo. Unos cinco kilos, mínimo. Piénselo bien: es buena la paga. Ya no tendría que preocuparse por trabajar — la animó.

Mi tía paseó por la casa con aire pensativo. Qué difícil decisión. ¿Y si le pasaba algo a mi primo ante ese peligro desconocido? ¿Y si ya no lo volvía a ver? En caso de que dijera que sí, engordarlo era una tarea imposible. Ya no tenía ningún suministro de carne ni de grasa. ¿Cómo lo iba a engordar a base de puros vegetales?

Pensó en las donas, porque revisó el azúcar que tenía. Toda esa noche la escuché dar vueltas en su colchón. No lo

quería dejar ir, pero no tenía de otra. Yo no quería ponerme en sus zapatos.

—Yo soy aventurero —me dijo Iván. Me sorprendió escucharlo en mitad de la noche. Nunca hablaba por iniciativa propia—. Sé cazar. He cazado más liebres que todo el rancho entero. Sé sobrevivir sin tanta comida. No me pasará nada malo. Y tú tienes que cuidar de ella.

Le prometí que así sería.

Todos perdimos el sueño esa noche.

A la mañana siguiente empezamos con la hechura de donas.

Eran una plasta de harina pasadas por aceite y luego cubiertas por una costra mal hecha de azúcar, pero mi primo las engullía con regocijo.

Y así pasaron los días. Teníamos unas cuantas semanas para engordarlo. Le dábamos cualquier cosa que tuviera el aspecto de aumentar su masa corporal. A veces acertábamos. A veces eran patadas de ahogado.

—Necesitamos solucionar esto. Lo que mi hijo tiene es deseo de comer algo fuerte, algo de carne —me dijo en una tarde. Yo la ayudaba a limpiar—. Esta comida no es suficiente, por más que lo intentamos.

—Tú una vez dijiste que en este pueblo hay tesoros.

—Eran cuentos. Puros embustes para entretenerlos.

—Sé que no lo eran. Lo decías muy seria. ¿Qué pasa si esa lumbre azul vuelve a aparecer?

—Cuando desentierras un tesoro, escucha bien, juegas con los espíritus que lo custodian. No es tan sencillo.

—Pues entonces los retamos y ya. Respondemos cualquier pregunta que nos hagan. ¿No decías que hay que tener más miedo de los vivos?

—Mira que tienes tus modos de acorralarme. Está bien. Haremos el intento, aunque dudo que funcione.

Desde entonces todo dependía de aquella luz azul eléctrico que se aparecía, según las habladurías, cerca de la noria, ese pozo desde donde se generaba el agua. Un aro deslumbrante aparecía de la nada y se desaparecía. Flotaba un metro sobre el suelo y luego se esfumaba.

Mi compromiso hacia esa tarea de engordar a mi primo se hacía más fuerte. Estaba consciente de que algún día se acabarían las visitas y mi tía quedaría sola. A nadie le importaba salvo a mí. Esta era la oportunidad para dejarle algo de dinero. Un destino más alegre, por lo tanto. A medida que pasaran los años más enfadada estaría con su don. Tanto verde la angustiaría. Con esos cheques mensuales podría tener su propia granja. Y me tenía a mí para convertir eso en realidad. A mí y a mi primo Iván.

Y a ese tesoro y a esa lumbre que lo anunciaba.

Era curioso que las luces en el cielo nos avisaran de una desgracia (los rayos equivalían a la muerte de las vacas y significarían eso mientras yo tuviera vida), pero sería esperanzador que también existieran luces en el cielo que anunciaran un cambio en el destino, la riqueza por fin en nuestras manos. Cuánto deseábamos eso.

Por mientras, mi madre limpiaba el estómago de Iván. Le preparaba menta con leche y se la hacía beber cada noche.

—Si tiene animales en la panza, de nada le servirá la poca carne que consigamos. Tiene que estar limpio. Esta mezcla le matará todos los bichos.

Iván renegaba, pero al imaginarse en la guerra hasta los ojos le brillaban y tragaba con gusto. Ya estaba cansado de matar tantas liebres. Quería matar esos peligros nunca antes visto, más monstruosos a medida que los imaginaba. Quería exterminarlos. Era la guerra soñada por toda su vida. A ver si esas criaturas aguantaban su tino diestro con cada uno de sus rifles. Lo engordaríamos tras encontrar el tesoro.

Y entonces el resto sería historia. Lo imaginé siendo el rostro de estandartes. El héroe nacional.

Mi tía se armó de valor. Se necesitaban dos personas, por si uno terminaba loco y acababa suspendido en una nube de delirio y sinrazón. Si el espíritu no te volvía loco en el acto, te perseguía por toda tu vida y encontraba el momento propicio para efectuar la maldición.

De parte de mi familia paterna, un tío nos contó que una vez se encontró con una maleta repleta de billetes. Era el tío más supersticioso que pudieras imaginarte. Por ello, decidió abandonar la maleta. No quiso llevar a rastras una maldición. No obstante, a pesar de su precaución, murió asesinado años después en su propia casa. Su asesino le robó todo.

—¿Y por qué nunca me contaste eso?

—No sé. Pensé que al ser de diferentes partes familiares no te importaba.

—Claro que me importa. Era tu tío. Pobrecito. Que en paz descanse.

—Por eso es mejor dejarse de supersticiones. Hay que tener más miedo de los vivos, tía. Recuerda eso siempre.

No sé qué me creía dándole consejos a una persona tan curtida por los años, pero más que un consejo aquello era un pacto. Yo no podría seguir adelante sabiendo que tuve una oportunidad así y que decidí desaprovecharla. No importaba si al cavar se nos aparecía un monstruo de tres cabezas, el mismísimo Chupacabras o el diablo. Seguiría adelante por mi tía, por ya no verla triste, por ver en sus ojos la seguridad de un futuro pleno.

Nuestras manos estaban a punto de reventar cuando oímos un pulso.

Ese pulso venía del mismo centro de la tierra.

Mi deseo también provenía del mismísimo centro terrestre, así que en ese aspecto estábamos a mano. Que surgiera

lo que tuviera que surgir. Sabía que esto no sería como en las caricaturas, ni como en las leyendas de las cuales hablaba la gente. Aunque también sabía que la pobreza desquiciaba y que esto era nuestro último recurso. Abriríamos las mismas profundidades del infierno de ser posible. Cuando se tiene este tipo de hambre es muy difícil pensar en las consecuencias. Que les preguntaran a nuestras manos a punto de estallar en sangre.

Una luz colorada brotó del agujero como una de las tantas flores de mi tía.

Pero no era una flor en lo absoluto.

—Algún día echarás raíces en esa ciudad y ya no querrás volver a esta casa.

—No lo creo, tía. Yo soy otra de tus raíces.

Lo dije de todo corazón. Si existía un lugar al cual todos en algún momento de nuestras vidas pertenecíamos, el mío era la casa de mi tía. Y nunca dejaría de serlo. Encontré en ese lugar de plantas imposibles mi propio nido. De ahí nadie podría sacarme.

Volvería vacación tras vacación. Le diría: “¿Ves cómo te equivocaste aquella tarde? Yo siempre voy a volver”.

El ánima estaba envuelta en esa bruma azul cobalto. Era un susurro de polvo. Un bostezo de negrura. Nunca escuché algo así. Su voz estaba hecha para congelar en el acto. Para que diéramos vuelta atrás al plan. Pero persistimos. El plan original era rescatarnos de la locura, pero yo estaba ahí para no dejar que mi tía se rindiera.

—Queremos el tesoro —dije con mi voz envuelta en niebla—. Después te juro que te dejaremos en paz.

Era raro estarle hablando a un espíritu. El primer espíritu de mi vida. A lo mejor ni compartía mi lenguaje, pero de alguna forma tenía que hacerle saber mi desesperación.

—No sé muchas cosas a mi corta edad —proseguí—, pero de lo que sí estoy segura es de que nadie necesita más ese tesoro que mi tía. Nunca tendré una oportunidad como esta para ayudarla.

Mi tía no decía nada, sólo se aferraba a su crucifijo. Los huesos parecían traspasarle la piel. Brillaban como la luna.

—Conseguir tal cosa requiere un sacrificio.

¿La locura no sería el sacrificio? En ese momento empecé a temblar. No supe si por el frío nocturno o por esa jugada que nunca entreví. ¿Qué sería capaz de pedirnos?

—Cualquier sacrificio me lo pedirás a mí —sentenció mi tía, imbatible. Todas las generaciones anteriores latían en esa palabra. Eran un reto, una tromba, un fin del asunto sin derecho a réplica.

—Tú sabes lo que me pertenece —dijo el espíritu al fin. En el fondo, vimos cómo brillaba la carcasa del cofre, nítida como la semilla de un tamarindo.

La luz desapareció. Las palabras seguían moviéndose en la amplitud nocturna.

No teníamos tiempo.

Los vecinos se enterarían pronto.

Agarramos el tesoro y nos fuimos a dormir. Al menos, lo intentamos. Las preguntas vendrían después, pero bien sabía yo en el fondo que no tendrían respuesta. Hasta que fuera demasiado tarde. Hasta que lo vieran mis propios ojos.

—Tía, dime que no le prometiste nada rotundo. Dime que estarás bien —le rogué, casi entre zollipos. Necesité mucho tiempo para interiorizar la verdad.

—¿Recuerdas cuando dijiste que irías a tu ciudad pero que nunca te olvidarías de mí (y ha sido cierto)? Pues así ha sido esto. Te prometo que estaré bien. No romperé mi promesa.

Mi primo fue a la guerra.

Para mi desgracia, yo también me fui a una: a mi *normalidad*. Volví a la ciudad con mi familia. O bueno, con lo que quedaba de ella, porque mi madre tenía un nuevo marido y me cambiaron de escuela. Era una escuela religiosa. En sus clases nos adoctrinaban para saber *enfrentar al enemigo*. Nos decían que no podíamos tolerar la entrada de esos individuos extraños que vinieron a perturbar la paz en la Tierra. Si supieran de qué forma estuve involucrada... Seguro me ahorraría todos esos sermones.

Lo único que ansiaba con desesperación era que las vacaciones llegaran. Estar con mi tía de nuevo.

—De una vez te advierto que no irás con mi hermana las próximas vacaciones. Iremos a la playa con los hijos de Ernesto, para que los conozcas.

No quería conocer a nadie. Suficiente tenía con mi nueva escuela. A ver cómo se las arreglaba, porque a esa playa no me llevaría ni muerta.

De mi primo Iván esperaba al menos una carta. Vi en las películas que les dejaban enviar cartas a sus seres queridos. Olvidé que se le dificultaba mucho leer y escribir. Cuando menos me lo esperé, encontré un sobre color ladrillo en el buzón. Dentro no tenía palabras, sino una salamandra elástica del tamaño de mi mano, pegajosa y luminiscente en las noches. Ese obsequio me permitía imaginar tantas posibilidades... Era algo tan innato de mi primo. ¿Tenían algo que ver esas salamandras con todos los tesoros del mundo? Las imaginaba en un mundo subterráneo devorando reliquias. ¿O los alienígenas podían adoptar cualquier forma y brillar en la oscuridad? ¿Estarían entre nosotros?

Me gustaba pensar que mi tía y yo nos adelantamos. Que ella y yo encontramos un tesoro primero.

Sin embargo, el mentado sacrificio no dejaba de causarme pesadillas.

Tenía que hallar una forma de escapar de esa playa. O de no pisarla en absoluto. Quería correr a los brazos de mi tía.

El sentido de urgencia me estaba destrozando los nervios.

Era la primera vez que sentía eso. Siempre me acompañó un sentido de alegría en el autobús. Esa vez, en cambio, un presagio de desgracia se batía en mis entrañas.

No sé cómo pasaron las horas en ese trayecto. Me sentía dentro de un cuadro. O, mejor dicho, dentro de cuadros distintos. Naufragando de un cuadro a otro. De una esperanza a otra. Y luego la realidad de golpe, borrándolo todo. Devolviendo los pinceles a su sitio. Era eso y nada más: la escena, el paisaje, que me dijo que todo acabó.

Antes era selva y ahora era un desierto. Casi arrastrándome fui a tocar la puerta de la vecina, por si sabía algo. Las rodillas me fallaban. El edén de mi tía estaba muerto. Sentía cómo todo se quebraba dentro de mí, todas esas ramas rompiéndose y astillándose en mi interior y luego volando desperdigadas en el viento. Una piel muerta.

En ninguna de mis pesadillas imaginé algo así.

—Está preguntando por su tía —le gritó el marido borracho a su esposa. Esta salió de la cocina a atenderme. Yo debía parecer un fantasma en ese estado tan salvaje.

Me lo relató todo. Me dijo que los hijos que tenían su vida hecha, volvieron a ella cuando se enteraron del dinero, “de un dinero sacado de quién sabe dónde” y la despelucharon. Desde ese entonces no la ha visto. Me contó que en esos meses mi tía hizo buena fortuna exportando sus vegetales. Hasta contrató gente.

No podría existir peor escoria que esa. Ese tesoro por el que tanto batallamos, repartidas en sus manos impuras. No podía creerlo.

¿A dónde podía haber ido, después de todo?

Recordé lo del sacrificio. ¿Para qué necesitaba sacrificarse después de cómo la trataron sus hijos? ¿Qué más podía ofrecerle a este mundo tan retorcido y podrido?

Quise entrar un segundo a su casa. Ver si dejó una nota, pero no. No quise ni intentarlo. Con sólo pisar una de esas ramas artríticas temía quedar atrapada en sus garras, ser el fantasma eterno de esa casa. Imaginé por un segundo a esos tallos atrapando todo mi cuerpo, envolviéndolo y nutriéndose de él. Volví a imaginar la casa de mi tía llena de su risa, del olor de su comida y, sobre todas las cosas, impregnada del verdor de sus creaciones, del perfume a clorofila.

Por un momento lo supe todo.

Imaginaciones, esa era mi vida.

Vi al espíritu resurgiendo de sus profundidades. “Ya has tenido una buena vida. Es hora de que me pagues”, le dijo. “Una vez que has cumplido tu ciclo, todo volverá a la tierra”. Escuché a la tierra abriéndose. El espíritu flotaba, pero iba haciéndose humano. Absorbía el ecosistema de enredaderas y frutos. Así lo lograba. Los convertía en sus huesos y su carne. Y mi tía moría, pálida como una vela. Se secaba. Volvía a las profundidades o las sobrevolaba. No sabía. Y el alienígena ganaba la guerra.

Esa salamandra no alcanzaba para iluminarme en las tinieblas de mi vida.

PARÁLISIS FACIAL

Cuando mi único hijo me confesó que estaba a días de casarse y, por ende, de abandonar la casa donde pasó sus dieciocho años conmigo, me quise morir. Ocurrió cuatro años después de perder a mi amante, quien murió de un cáncer de hígado. Mis hijas ya también vivían lejos; sus vidas hechas. El perro negro azabache que me acompañó por ocho años descansaba en una urna de madera encima de un buró. De compañía sólo me quedaban cuatro gatos rescatados. Como era comprensible, me quería morir. El mundo se me vino abajo. El peso de mis años se duplicó. Me sentía al borde del abismo; sólo faltaba que yo me abandonara a mí misma. Era el infierno. Me estaba muriendo en vida.

Las desgracias nunca vienen solas, y esta no fue la excepción.

Para culminar esa crisis, me devino una parálisis facial.

Mis hijas me encontraron casi muerta, desparramada en el sofá. Irrumpieron en la casa como el FBI al percatarse de

que no contestaba el teléfono. Trozaron chapas, entraron despavoridas como si acabaran de ver un ánima.

¿Qué dignidad hay en esos momentos?

¿De qué otra manera pude haber reaccionado?

Mi hijito se me iba. Me lo arrancaban. Era lo natural, pero yo no podía resignarme. Una madre nunca se resigna ante tales cosas. Siempre pervive un infierno en sus entrañas. Así como lo llevó en su vientre nueve meses, así se resiste a perderlo. Sabía que podría verlo después (tampoco se iba al fin del mundo), pero mis horas vacías y añejadas por la soledad adulta no serían las mismas.

Toda la vida me curtió para ello con mi arsenal de pérdidas y yo parecía una neófita, una niñata, una desamparada, una recién desalojada.

El médico les informó a mis hijas sobre los cuidados. Les habló sobre mi parálisis facial. Yo ni atención puse. Preguntó si tuve preocupaciones recientes y yo, pese a que era una mujer demasiado seria, casi rompía a reír, como una condenada. Si tan sólo le contara.

Ellas me miraron a los ojos. Tenían el mismo color que los míos. Cómo las quería, pero no como a mi hijo.

—La partida de Jaime no me ha dejado ni dormir —les solté, casi a tropezones, incapaz de acostumbrarme a mi boca tiesa. ¿Cuántos días o semanas estaría así? Más ganas de morir me entraron.

Ellas me conocían. Le dijeron todo al doctor por mí. Sobre mi presión alta, sobre mi diabetes, sobre mis amenazas de infarto anteriores. Y ni una palabra sobre mi soledad. Si eso es lo que de verdad asesina. Pero ningún doctor te lo cuenta.

Lo único que agradecía de esta maldita pandemia era el uso de cubrebocas.

Así platicaba con mi vecina, con la boca cubierta, sin que se notara tanto mi parálisis. Aunque si era verdad eso de que los ojos son la ventana del alma, entonces estaba jodida; dudo que alguien omitiera el desánimo que me habitaba. Toda mi cara era la cartografía del abandono. Era muy fácil darse cuenta.

Todos los días eran una marcha agónica. La voz de mi Jaimito ya no estaba en esa casa. Yo estaba en edad de jubilarme, pero la imprenta era toda mi vida y si la dejaba de lado, ¿qué me esperaba? Nada. Eso me quedaría. Una casa para mí sola las 24 horas. Acabaría cometiendo una locura. Ni pensarlo. Seguí trabajando incluso en esos tiempos crueles del COVID, aguantando vara, ni modo. Tenía que ocupar mente y cuerpo.

Después del turno en la imprenta unas camionetas me trasladaban a mí y otras compañeras. Pasaba por la caseta Sacramento y después seguía circulando unos kilómetros hasta dejarme en la orilla del fraccionamiento, a metros de mi casa. Llegaba al atardecer, y salía de mi casa en cuanto amanecía. Me preparaba un café y desayunaba cualquier cosa. Al llegar, me daba un baño (el baño me daba claustrofobia, pero no había manera de ampliarlo. Era un cuadrado aplastante y patético de metro y medio por metro y medio) y, de inmediato, encendía el televisor. Tenía que haber sonido de alguna fuente, porque la alternativa era la locura.

—Pero tiene que aceptarlo —me dijo mi vecina—; él tiene que hacer su vida. En algún momento tenía que pasar. Así es esto.

—Es lo que me dicen mis hijas, y trato de acostumbrarme. Sólo que... nunca pensé que fuera tan difícil con mi hijo.

—Debe de cuidarse —me recomendó—. Conozco un té con buganvillas buenísimo para dormir. Si quiere un día de estos la visito y le llevo unas cuantas flores, para que se lo prepare.

—No se preocupe. Ya se me ha resuelto eso del sueño. Pero gracias. Y en cualquier día la espero en mi casa.

Tenía varias cosas que platicar con mi vecina. En el secretismo de mis cuatro paredes, porque en esta colonia nada está seguro a los cuatro vientos. De igual manera, necesitaba más días para que mi cara se repusiera, para que volviera a sus antiguas facciones y ya no me avergonzara con sus pasmos.

¿Debía de buscarme un nuevo amante? Todavía sentía fresca la herida dejada por Alberto. No me dejó ni un quinto en su testamento, pero nuestro amor no se basaba en eso. Lo sabe Dios. ¿Qué alternativas existían para reiniciarme la vida?

Encontraba extenuante estarme viendo en el espejo cada hora. Mi parálisis facial no se iba. Me entraba el pánico. Las comisuras de mi boca tenían una simetría de espanto. Un párpado estaba más caído que el otro.

—Tenga paciencia —me dijo una vez el doctor—. Con los días se le compondrá el semblante. Estos casos los veo a diario.

Pero lo mío no era normal. Esperé lo suficiente. ¿Qué le hice a la vida para que me castigara de tal modo?

Decidí quitar todos los espejos de mi casa.

Pasaron los días sin que yo lo notara.

Cuando menos lo pensé ahí estaba, viendo mi reflejo en el espejo de una camioneta. Era la misma de antes. El rostro contrito desapareció. Volvía a ser la de siempre.

—Mamá, ven a tomar unos tragos conmigo en el bar. Es mi último día de trabajo —me llamó una de mis hijas, unas semanas después de que se levantaron las contenciones por la pandemia.

Me vestí como no lo hice en años. Uno a esa edad celebra cada una de sus victorias, por mínimas que estas sean. Usé el labial más granate que tenía. Y me puse tacones de aguja.

Si aún tenía las puertas abiertas de un bar, eso significaba que todavía tenía esperanzas. Que la vida me deparaba algo. Una nueva normalidad. Una alegría fresca y bienvenida a este cuerpo que se despidió de tantas cosas.

De modo que se me acercó un hombre justo a minutos de abandonar el bar. Gracias a la medicación no podía beber gran cosa. Mi hija hacía maravillas.

Cuando digo que nunca vi a un hombre así, me quedo corta. ¿Era una alucinación de mi enfermedad?

Carajo, si tan sólo pudiera hallar las palabras.

Era como si se comiera todas las luces de neón del lugar y las distribuyera a su antojo, por todo su cuerpo. Yo caí rendida a su hipnosis.

—No eres de este planeta, ¿verdad? —le dije medio en broma, ya avanzada la plática.

—No —fue su respuesta. Por algún motivo, me sonrojé. No dimensionaba su sinceridad. Ni entonces ni nunca.

—¿Cómo puedo creerte?

—Pregúntame cualquier cosa.

—¿Qué libro hay sobre el buró de mi sala?

—*La tregua*, de Benedetti.

Si estuviera en mis cinco sentidos ya habría corrido del lugar, despavorida. Me quedé embobada viendo sus ojos serios y elegantes.

—Ahora tú dime algo sobre ti —me pidió.

—A veces extraño Navolato. Fue donde nacieron mis hijos. No creo que lo conozcas. Extraño su calor, aunque fuera un infierno. Ahí dejé al padre de mis hijos. O, más bien, él me cambió por otra mujer. No le di importancia. Nunca le rogué. Me mudé hasta acá y comencé de cero.

—En eso nos parecemos —comentó.

No me dijo nada más, pero lo imaginaba. Un platillo rompiendo la atmósfera. Anillos de fuego. Un cráter en la tierra. Su carne quemada curándose en la soledad.

—Supongo que los tuyos se preocupan mucho por la belleza. En ese caso, debes saber que sufrí una parálisis facial hace poco. No te habrías acercado de haberme visto así...

—Vemos auras antes que el aspecto físico. Tu perfume de limón, por ejemplo. La tersura de tu piel que, a pesar de la distancia, puedo notarla. No te preocupes por esos asuntos banales. Cuando has surcado en la vastedad esos detalles son nimios.

Decidí creerle.

Me contó que en ese momento vivía en las dunas de Samalayuca, alejado de la civilización. ¿Por qué alguien tan bueno debía vivir marginado? Marginado, justo como todas las cosas bellas. Lo imaginé en aquella nada gigantesca de arena dorada y un suspiro de compasión me sacudió la espina. Me prometió que un día me llevaría.

—¿Te dio miedo la pandemia? —me preguntó. Le temblaba la voz. Vi las gotas deslizarse en su copa, un cristal estriado de sudor.

—No. Por algún motivo no. Sabía de qué estaban hechos mis hijos y sabía de qué estaba hecha yo. Viéndolo bien, me quedaban muy pocos miedos. O ninguno.

Le platiqué de mi amante. Le platiqué del único amor de mi vida. El hecho de que se fuera sin más remedio me hizo buscar otro tipo de relaciones; relaciones sin mayor lazo, relaciones que, una vez acabadas, no fueran a despedazarme. Busqué lo efímero y, hasta la fecha, dicha fugacidad se me quedó clavada como una herida profunda. Al recordarla, a veces me sigue doblando en dos.

—Y ahora tengo miedo de no volverte a ver. Por eso ya no me permito conocer más hombres. Soy más frágil en lugar de endurecerme. Curtirme con los años.

—Tu fragilidad reluce como un sistema solar aparte.

Me colocó su mano en mi mejilla. Con ese simple gesto supe su promesa. Lo intentaría por todos los medios. Sabría cómo encontrarme.

Para convencerme de ese hito, saqué una máquina de escribir que mis hijos utilizaban para sus clases de Taquigrafía.

Escribí sobre él.

Sobre sus ojos preciosos que vieron las estrellas y la oscuridad del universo y, aun así, vieron el fulgor de mis huesos débiles y minúsculos.

Escribí sobre sus posibles viajes en mundos inventados.

Con cada tecla tocada mis pies se iban elevando de esta tierra que ya no me llevaba a ninguna parte interesante. Volví a estar consciente de mi respiración.

Soñé con realidades imposibles; vivía en nubes evanescentes. Trataba de atraparlas antes de que fuera demasiado tarde.

Por unos momentos no temí lo que fuera a pasarme a futuro.

Dejé de temer que mi otra parte de la cara se paralizara. Y justo cuando lo acepté, la mitad de mi cuerpo se desplomó sobre la máquina de escribir. Se sintió como medio universo colapsando en oleadas de calor y frío. Las celdas de mi cuerpo se opacaban una a una, como un edificio donde alguien apagase los focos piso por piso. Era la paz absoluta.

Tuve un último deseo: que mi desplome sobre las teclas escribiera por sí sólo la historia entre él y yo.





MIRIAM TAPIA

(1990, Culiacán Sinaloa)

Es Licenciada en Mercadotecnia Internacional. Siempre a sentido un gusto genuino por las historias, especialmente por los cuentistas clásicos como los hermanos Grimm y Charles Perrault. Además de la escritura, es entusiasta de los viajes, los emprendimientos, las películas y el activismo por los derechos de los animales. “Jicaletas” es su debut literario (el primer libro publicado, ya que de niña escribía cuentos y poemas para participar en las semanas culturales), en donde explora a través de relatos las diversas formas de violencia en la sociedad contemporánea. A decidido participar en el Programa Editorial Chihuahua porque lo considera una importante plataforma para dar a conocer su voz y el propósito de sus ficciones.



Descarga gratuitamente toda la colección del Programa
Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de editar
en la ciudad de Chihuahua,
Chih., en septiembre de 2025.



Diez relatos dónde se logra entretener, despertar emociones, que el lector reflexione y tenga un cambio ya sea si está en una situación de violencia o es el agresor.

Se exploran la violencia, las relaciones familiares, los ritos de iniciación y las infancias atípicas en forma de parábolas sobre los tiempos actuales.

oAsados familiares que resurgen, pasajes de la infancia, la mala sangre de familiares, lugares lúgubres en donde todo parece inocente, sagas familiares donde abunda la desgracia y lo macabro en donde transitan las infancias... En “Jicaletas” Miriam Tapia se abordan tensiones turbulentas y pulsiones que desbaratan poco a poco un universo contenido de fragilidad, memoria y pasado perdido.

